ALBERTO ORTIZ

WALL STREET

el Kremlin

de

América

propiedad del autor;
para mas info bredicion2@gmail.com



TRADIOON1. MEXICO. 1984.

Derechos Reservados ©
por el autor

04220, D. F.
México.

PRIMERA EDICION
Abra de 1984 - 2,000 ejemplares

EDITORIAL TRADICION, S. A.
Av. Sur 22 Núm. 14
(Entre Oriente 259 y Canal de San Juan)
Col. Agrícola Oriental
08500 Iztacalco, México, D. F.

Tel. 558-22-49

Capítulo Primero

WALL STREET, PODER JUMO.

EL CIELO estaba amenazador, las nubes se retorcían como víboras en celo y se deslizaban cubriendo la inmensidad del horizonte. A veces el manto gris era rasgad() por el tijeretazo de un relámpago que dejaba escuchar ronco mugido de cólera y trepidaba su eco sobre la longitud de la tierra. Otras veces las montañas de agua se precipitaban con fuerza y moría su esfuerzo al estrellarse en las escolleras de la playa. El

hermoso en su furia Ti?. calmado. ¿ Este es el Océano Pacífico? pensó. El coche corría por la carretera de la costa en California. Los faros rasgaron la masa blanquizca de neblina que se embarraba como hiedra sobre muro, sobre todo lo que tratara de cruzarla y oscurecía la caída de la tarde. Los pinos que se asomaban al borde del camino se veían difusos alzando los brazos como pidiendo auxilio para escapar de la masa gris que los ahogaba.

Conocía la costa: entraba el invierno, y todos los años, por la misma época, atacaban al litoral las lluvias invernales, y las ventiscas encrespaban el océano. Miró el aro del reloj y maldijo pensando que podía ¡legar tarde a la cita que tenía acordada.

Hacía años que había nacido en esta hermosa tierra. Creía en los astros y pensaba que todo el que nace bajo

el signo de Escorpión, debía tener la voluntad de lu cha del temible arácnido. Más adelante la carretera se bifurcaba; las intermitentes luces amarillas cabecea ban con el viento y mostraban que había que entrar al nuevo camino con cuidado; aflojó el pie del acele rador y quebró el volante. Ahora daba la espalda a la costa; se dirigía al centro de la ciudad. Estaba lejos y volvió a imprimir velocidad a la máquina. Las gran des vías estaban desiertas, pocos coches cruzaban el camino. Regresó su pensamiento a la cita. Se rio de su padrino. Por cosas del destino, los que lo bautizaron resultaron ser mexicanos, y tal vez a ellos les debía el estar vivo. Una franca carcajada explotó, recordando al que lo llevó a la pila bautismal: un indio prieto como bálsamo, que plasmaba en su cara con gestos dis torsionados sus reacciones de enojo; pero sus consejos siempre resultaban contundentes. Contra los judíos se expresaba así: "Ten cuidado: si vas a tener tratos o negocios con un judío, siempre resultan una caja de naipes marcados". Luego decía : "Si los tienes de ene migos, resulta mejor dormir en medio de alacranes; pueden resultar menos peligrosos".

Sus padrinos no querían a Caín Baruch, con quien iba a tejer un negocio. No olvidaba sus consejos. Su madrina, de raza apache, lo prevenía diciendo: "To dos los lisiados odian a la humanidad, hijo, y Caín es cojo. Cuando te necesite, te buscará, pero cuando no seas más que un estorbo en su camino, te eliminará".

La nueva ruta conducía a San Bernardino Free Way. La lluvia principió a correr por el cristal del parabri sas. Echó a andar los limpiadores, y poco después el cristal bruñido rechinaba con el movimiento sincroni zado de las gomas del bota-agua.

Hacia el norte continuaban los cárdenos relámpagos zigzagueando fugaces en el horizonte, y con el brillo de sus explosiones recortaban la tarde que moría.

En Olvera Street se desvió para entrar a la ciudad y continuó por el centro rumbo al bulevar de Holly wood. Las calles estaban húmedas, brillaban con la luz de un sol que lograba colarse entre las rendijas que dejaba la neblina que cubría los cielos.

Era sábado y los transeúntes que cruzaban la aveni da marchaban encogidos, abrigados en gruesos ropajes invernales. Otros, más afortunados, cruzaban en sus coches; llevaban sus fanales encendidos para anunciar con sus destellos su presencia y evitar inútiles o fatales accidentes.

Al final del bulevar, dobló en el de Hollywood, cruzó frente al Palacio Chino. Se detuvo, dejó el coche en el estacionamiento y penetró en la fonda.

Otras veces había estado en el mismo sitio: escogió un lugar desde donde podía ver a la gente desfilando. A veces un rostro sombrío puede ser efecto de la envi dia o de una grave pena y es intrigante investigarlo.

Un mesero uniformado se presentó y preguntó:

¿ Qué toma?

Dudó breves momentos en decidirse por algo agra dable y al final ordenó:

—Tráigame una copa de Madeira.

El uniformado se retiró con la orden en la mano. No tardó mucho en regresar con el pedido. Miró la copa, de cristal verde, que elegantemente contrastaba con las rosas amarillas del florero de la mesa.

Retornó con vigor el agua. Ahora corría formando largos hilos sobre el cristal de la ventana. Las palmeras y los pinos de la avenida se mecían con la fuerza del viento que azotaba la avenida.

Se entretuvo viendo trotar a dos muchachas que bus caban un refugio donde guarecerse de la lluvia.

Una exclamación rompió su concentración. La voz nacía de una garganta ruda y desentonada, acompaña da de una respiración silbante de asmático:

—¡ Tarde tenebrosa!

Al voltear los ojos descubrió que a su lado se encon traba Caín Baruch. Su aspecto de comadreja astuta provocaría alarma en un gallinero. Era uno de los za res de la cinta de plata, es decir, del cine, y última mente ligado a la televisión. No iba solo, lo acompaña ba otro hebreo: José Ustinov. Por su aspecto de búho disecado, con sus ojos taladrantes como luz de rayos catódicos, no daba oportunidad ni deseos de ser su amigo.

Caín se movió oscilante hacia el asiento que se en contraba frente a él. Al hacerlo, su zapatón ortopédico y su pierna enferma y corta como de crustáceo se ayu daron apoyándose en la elegante caña de un bastón. Al acomodarse saludó:

—(Qué tal, Wagram?

—¡ Hola, Caín!

Señaló a su amigo y preguntó:

¿Conoces a Ustinov?

—¡ Seguro! Es popular en la industria.

José torció la boca como si tratara de sonreír y con su voz afeminada ratificó:

Nos conocernos.

Caín con la punta de su bastón golpeó a un unifor mado por la espalda y ordenó:

¡Acércate, gandul! ¿Qué tomas? ----preguntó.

Wagram saboreó un sorbo de su copA y contestó:

Por ahora, Madeira portugués.

Tráenos lo mismo a nosotros —ordenó Caín.

El mesero se retiró y minutos después regresaba con el pedido y una carta para la comida.

Los tres alzaron sus copas al brindar y dieron peque ños sorbos al delicioso licor.

—¡ Maravillosa bebida! —calificó Baruch. Calló por breves segundos y continuó la charla asegurando: —Te tenía en mente: necesitamos un buen camarógrafo para filmar películas y que esté adentrado en el mundo de la televisión. Siento que tú reúnes esos requisitos. El contrato que firmarías sería jugoso y no tendrías que jas. Si te unes a nosotros, te subes al carro de la fortu na. La televisión y las otras fuentes del poder en Amé rica, son monopolios, y nosotros los controlamos —con tinuó Baruch, y eslabonando su soberbia aseguró---. Nunca olvidaré que hace tiempo tu padre me enseñó a manejar la cámara fotográfica y quiero compensar sus esfuerzos contratándote a ti para mi compañía.

Wagram miró de reojo al búho de Ustinov. Sintió que le clavaba su mirada como puñales para taladrar lo y descifrar su mente. Tomó otro sorbo de la copa lentamente, clavó sus ojos en Caín y rehusó el ofreci miento aclarando:

—¡ Tú no le debes nada a mi padre! El te enseñó lo que sabía porque así lo sintió. Así que no te Puedo aceptar el trabajo porque tú te sientas obligado a pa gar una deuda que al final de cuentas a mí no me la debes.

Baruch alzó la voz para rectificar su idea y exclamó atropellado:

—No se trata de agradecimiento, se trata de tu ca lidad como fotógrafo de cine y televisión. ¡ Eres inme jorable! Contigo en mi elenco tendré lo mejor de Ho llywood tras las cámaras —y dirigiéndose a José pre guntó—: ¿ No lo crees así, Ustinov?

Este, que ya disfrutaba de una copa de whisky en las rocas, miró enigmático a Wagram y aceptó lo escucha do con la boca echa arco y con un simple movimiento de cabeza.

Caín exclamó eufórico:

—¡ Las puertas se te abrirán, muchacho!

Wagram sonrió y aseguró:

—Las puertas las tengo abiertas.

La cena se alargó y el punto se discutió largamente Al final, para marcharse, Caín escuchó una promesa :

—Déjame pensarlo y por la mañana te daré una respuesta.

Los tres hombres se despedían y en sus coches se marcharon por caminos divergentes.

La noche continuaba gris y lluviosa. El viento dobla ba las copas de los árboles en la avenida y balanceaba los postes de luz en los cruceros.

En su coche, Baruch le preguntó a Ustinov:

—¿ Qué piensas de Wagram?

Los redondos ojos de tecolote de José se clavaron meditabundos en Caín y comentó:

—¡ Es un mediocre que podremos manejar a nuestro antojo! Si el plan que hemos delineado tuviera éxito, Wagram jamás verá que está atrapado en el sortilegio de la tela de una araña. Creo que es el elemento indi cado; jamás hará preguntas indiscretas.

Wagram llegó a su casa. Dejó el coche y se marchó directo a la de su padrino. Este era su vecino, y su protector desde las primeras horas de su vida. El me xicano lo sentía como a su propio hijo. Cuando escu chó su voz en el patio de la casa exclamó:

—En dos minutos estoy contigo.

Wagram regresó por el seto que separaba las cons trucciones hechas sobre las escolleras en que se azotaba el mar con ronco estruendo. Minutos después aparecía Daniel Carpintero en la lujosa residencia de su ahija do. Los dos se encaminaron al desayunador y se aco modaron. Doña Sócrates, nana de Héctor, les llevó

unas tazas de chocolate y unos panecillos que Carpin tero devoró goloso.

Héctor abrió la boca para narrar la plática sosteni cla con Baruch. Después se refirió a su acompañante José Ustinov, que resultó su sombra en la entrevista. El mexicano, que no conocía a Ustinov, no le dio im portancia al hecho y comentó:

—Es posible que tras de lo que te proponen haya una oferta honorable, pero si sientes que caíste en una trampa, busca alguna oportunidad de abandonar el trabajo sin comprometerte. Estos judíos son satánicos. San los descendientes directos de aquellos que Cristo fustigara; raza de víboras. Su maniobra para dominar al mundo es clara. El Kremlin de Wall Street presta dinero y maneja el dólar como propiedad suya. Los países que reciben el dólar como préstamo no le deben al pueblo americano sino a la banca judía, que con su jugada impone sus condiciones políticas comunistas so bre los pueblos de la tierra. La mayor parte de los go biernos de los países del mundo son títeres en sus ma nos porque su economía está esclavizada. El gobierno americano debería supervisar los préstamos de la ban ca judía y sus fines.

Al término de la plática, Carpintero recomendó:

Ten cuidado! No alcanzo a ver qué esconden las maquiavélicas mentes de Caín Baruch y José Ustinov, pero mientras no sepas sus intenciones, lo mejor es la cautela. Acepta ese trabajo, porque te confirmará den tro de la industria, pero procura ser siempre tú el que rompa el trato.

Por la mañana, Wagram localizó a Baruch en su re sidencia y simplemente comentó:

—Si está todavía en pie tu oferta, la acepto.

Caín al parecer esperaba una respuesta afirmativa, por lo que ordenó:

—Debes estar listo para que vayamos a Wall Street a firmar tu contrato.

Aquella noche, al principiar la velada, Wagram se sirvió una copa e invitó a Carpintero. Poco después en la mesilla de centro se encontraban los vasos de cristal con cubos de hielo. Por sus paredes corrían gotas de agua gordas corno uvas. Wagram, interesado, les dio vuelta a sus ideas y a la copa que tomaba. Preguntó:

—Padrino, ¿qué piensas de la teoría marxista?

Carpintero sonrió y exclamó:

—Querido hijo, tú mismo te vas a responder la pre gunta. Primero debemos buscar sus puntos de apoyo para conocer su valor.

Marx sostiene la desaparición de las clases socia les, es decir: la igualdad, que es un completo absurdo: el que manda forma clases y aun entre los animales y los insectos, por su puro infalible instinto, hay clases.

Su segundo punto es éste: la economía es el motor de la historia. Por simple lógica, la economía no se mueve sola sino al impulso de la ambición del hombre. Luego el hombre es el motor de la historia con la eco nomía. Pero no nada más esto forma historia, porque los bellos sentimientos de la humanidad como el arte de la música, la literatura, la pintura, la escultura, el canto, etc., evidentemente han hecho historia, y mu chas veces no ha sido por el afán de lucro, como el gran Miguel Angel al esculpir sus increíbles obras; Beethoven y Franz List con su música, Miguel de Cer vantes Saavedra con el *Don Quijote;* Hornero con *La l'hada;* Arquímedes con su inigualable genio, Leonardo Da Vinci, etc. Como ves, no sólo la economía es motor de la historia. Marx usó de absurdos como ponencias.

Su tercer punto es que la propiedad privada debe desaparecer aun (le manos del que la trabajó y ganó. Esta es su idea más torpe o más mal intencionada. LA PROPIEDAD PRIVADA NO DESAPARECE. Marx con su doc trina únicamente hace que cambie de dueño, de manos.

En el comunismo, la propiedad privada se concen tra en una sola mano: LA DEL JUDÍO QUE ES EL JEFE DE LOS · SISTEMAS SOCIALISTAS O COMUNISTAS SOBRE LA TIERRA. Esto es lo burdo o absurdo en esta parte de su teoría, porque la propiedad privada es un instinto que nace con la especie. Los instintos son en parte el resul tado necesario de complejas reacciones físico-químicas de la Adeno-Hipófisis y del Hipotálamo, localizados en la Silla Turca colocada sobre el Esfenoides. Verdade ras centrales eléctricas que movilizan nuestro sistema hormoglandular.

Cuando Marx sostiene que defiende el trabajo del obrero, lógicamente establece las bases de la propiedad privada. Al decir que el obrero es dueño de su esfuer zo, es sostener que es dueño de algo, y este algo es prin cipio de propiedad privada.

Marx únicamente vio la parte gruesa o corriente del problema. Ni siquiera imaginó que los instintos se en cuentran hasta en los seres más primitivos, como son los protozoarios. Es el caso de la amiba que tiene el instinto de defender su vida *para preservar su especie.*

El cuarto punto de su doctrina: *la plusvalía,* es una verdad. *El trabajo del hombre produce una riqueza superior al monto del salario que percibe.* Pero ésta no fue idea de Marx, sino de Adam Smith de Inglaterra. Marx habla de ella como si hubiera encontrado este valor, pero únicamente lo usurpa —Daniel detuvo un momento su charla mientras tomaba unos sorbos de licor y continuó—: Yo tengo una idea que creo es la

correcta por simple lógica : *al impulso del patrón, na ció el proletariado* y como consecuencia se presentó *la plusvalía.* La fuerza del obrero sin el patrón, desgra ciadamente no vale nada. También el trabajo del pa trón tiene valor, aunque no sea trabajo manual. Más aún: los trabajos intelectuales en su gran mayoría valen muchísimo más que el simple trabajo manual. Sin aquéllos no habría ciencia ni técnica, ni siquiera ins trumentos del trabajo manual. Estaríamos como cuan do Adán tuvo que salir del Paraíso.

Marx apoya luego su "teoría" en otro absurdo: *la dictadura del proletariado.* Ni siquiera es concebible analizar el postulado. Si hay cien millones de proleta rios y todos mandan, se produce la total anarquía, el caos; si de los cien millones escogemos a cien indivi duos para que manden, lo único que logramos es for mar nuevas clases que disfrutarán del trabajo del obre ro y volvemos al punto de partida al formar nuevos burgueses, con el burócrata comunista. Su Internacio nal Socialista es avispero de desalmados donde los je fes siempre son judíos.

La única verdad del sistema marxista es que la pro piedad privada venga a parar en manos de los hebreos, para que con la economía destruyan o esclavicen a la humanidad. Por ejemplo: desde que Rusia es comu nista, los dueños del país son los judíos: Lenin, Trots ky, Stalin, Leon Brens conocido como Leonid Breznev, Nikita Kruschev, Andropov, etc. Y para que medites sobre el poder de Wall Street, cada vez que los estados comunistas se están hundiendo, llega el Kremlin rojo de Wall Street y los salva dándoles dinero, comida, tra bajo, etc., para que no se subleven los esclavos que trabajan para ellos.

El alemán Dr. Goebels descubrió el poder de la pro paganda, y ellos la usan en forma masiva, ensalzando a su prójimo, que es otro judío.

Su tercer punto es que la propiedad privada debe desaparecer aun de manos del que la trabajó y ganó. Esta es su idea más torpe o más mal intencionada. L. PROPIEDAD PRIVADA NO DESAPARECE. Marx con su doc trina únicamente hace que cambie de dueño, de manos.

En el comunismo, la propiedad privada se concen tra en una sola mano: LA DEL JUDÍO QUE ES EL JEFE DE LOS SISTEMAS SOCIALISTAS O COMUNISTAS SOBRE LA TIERRA. Esto es lo burdo o absurdo en esta parte de su teoría, porque la propiedad privada es un instinto que nace con la especie. Los instintos son en parte el resul tado necesario de complejas reacciones físico-químicas de la Adeno-Hipófisis y del Hipotálamo, localizados en la Silla Turca colocada sobre el Esfenoides. Verdade ras centrales eléctricas que movilizan nuestro sistema hormoglandular.

Cuando Marx sostiene que defiende el trabajo del obrero, lógicamente establece las bases de la propiedad privada. Al decir que el obrero es dueño de su esfuer zo, es sostener que es dueño de algo, y este algo es prin cipio de propiedad privada.

Marx únicamente vio la parte gruesa o corriente del problema. Ni siquiera imaginó que los instintos se en cuentran hasta en los seres más primitivos, como son los protozoarios. Es el caso de la amiba que tiene el instinto de defender su vida *para preservar su especie.*

El cuarto punto de su doctrina: *la plusvalía,* es una verdad. *El trabajo del hombre produce una riqueza superior al monto del salario que percibe.* Pero ésta no fue idea de Marx, sino de Adam Smith de Inglaterra. Marx habla de ella como si hubiera encontrado este valor, pero únicamente lo usurpa —Daniel detuvo un momento su charla mientras tomaba unos sorbos de licor y continuó—: Yo tengo una idea que creo es la

correcta por simple lógica: *al impulso del patrón, na ció el proletariado* y como consecuencia se presentó *la plusvalía.* La fuerza del obrero sin el patrón, desgra ciadamente no vale nada. También el trabajo del pa trón tiene valor, aunque no sea trabajo manual. Más aún : los trabajos intelectuales en su gran mayoría valen muchísimo más que el simple trabajo manual. Sin aquéllos no habría ciencia ni técnica, ni siquiera ins trumentos del trabajo manual. Estaríamos como cuan do Adán tuvo que salir del Paraíso.

Marx apoya luego su "teoría" en otro absurdo: *la dictadura del proletariado.* Ni siquiera es concebible analizar el postulado. Si hay cien millones de proleta rios y todos mandan, se produce la total anarquía, el caos; si de los cien millones escogemos a cien indivi cluos para que manden, lo único que logramos es for mar nuevas clases que disfrutarán del trabajo del obre ro y volvemos al punto de partida al formar nuevos burgueses, con el burócrata comunista. Su Internacio nal Socialista es avispero de desalmados donde los je fes siempre son judíos.

La única verdad del sistema marxista es que la pro piedad privada venga a parar en manos de los hebreos, para que con la economía destruyan o esclavicen a la humanidad. Por ejemplo: desde que Rusia es comu nista, los dueños del país son los judíos: Lenin, Trots ky, Stalin, Leon Brens conocido como Leonid Breznev, Nikita Kruschev, Andropov, etc. Y para que medites sobre el poder de Wall Street, cada vez que los estados comunistas se están hundiendo, llega el Kremlin rojo de Wall Street y los salva dándoles dinero, comida, tra bajo, etc., para que no se subleven los esclavos que trabajan para ellos.

El alemán Dr. Goebels descubrió el poder de la pro paganda, y ellos la usan en forma masiva, ensalzando a su prójimo, que es otro judío.

Dentro de poco, por la propaganda te vas a encon trar con que los más grandes científicos resultarán ju díos; los más grandes descubrimientos se dirá que fue ron logrados por judíos; los más grandes artistas de la pantalla no podrán ser sino judíos, y los premios Nobel de la paz serán entregados a judíos o comunistas.

Wagram se quedó meditando varios segundos sobre lo que escuchara, y luego exclamó:

—Como "teoría" el comunismo es idiota, pero a las masas les impresiona porque no piensan. Está claro: es una conspiración para dominar a la humanidad con centrando la economía y todos los poderes en manos de los judíos, y lo están logrando.

Daniel Carpintero tomó unos sorbos de la bebida, reflexionó por breves momentos y le recordó a su ahi jado algo que años atrás le había confiado:

—No olvides que tu madre era de ascendencia ju día, conversa al cristianismo. Tus abuelos hebreos siem pre sostuvieron que su hija había perdido la razón y que se encontraba internada en un hospital de enfer mos mentales. No querían que el sionismo se enterara de que se había casado con un cristiano porque tú ten drías problemas en la vida.

Un momento después Carpintero recomendó:

—Como vas a trabajar con ellos, es mejor que no sepan tus antecedentes. Ahora, si quieres pertenecer al "clan" del pueblo de los elegidos, no tienes más que hacer valer tus derechos y te subirás en el carro de la fortuna, como le llaman ellos.

Wagram meditó breves segundos lo que iba a res ponder y aseguró:

—¡ No, padrino!: por alguna razón mi madre me volvió católico y no pienso defraudarla : No quiero car gar el odio del mundo en mis espaldas. No olvido tam poco que mi padre decía que los problemas de la raza

germana los habían provocado los hebreos por su am bición desmedida y el poder de su dinero. No olvido la sucia maniobra de Roosevelt para empujar a los Esta dos Unidos a la lucha contra Alemania. Igual que la ceguera de Churchill al entregar la mitad de Europa corno feudo con esclavos a las terribles garras de buitre del hebreo José Stalin. Por eso me negué a marchar a Europa a pelear y me fui al Pacífico corno fotógrafo de guerra. Respeto a los japoneses porque dieron y dan la cara a sus ambiciones. Odio a todo aquel que se esconde en las mentiras para llegar a un fin; que utili za el poder de la economía para esclavizar a la huma nidad. Tú sabes que yo he averiguado lo de los hornos crematorios en Alemania, y no es verdad que murieran en ellos seis o siete millones de judíos. He buscado la verdad sobre esto, y me he encontrado con que los he breos cobran a los alemanes mucho dinero por ju dío muerto; es decir, que hasta con sus muertos hacen negocio. Los sacrificados no fueron tantos, pero ahora los judíos están arrepentidos de no haber seña lado unos diez milllones de muertos. Tendrían al pue blo alemán trabajando gratis por siglos para ellos.

Ahogan a la humanidad con su propaganda para que los pueblos digan: ¡ Pobres hebreos! y no saben que, según la Biblia, hasta Jesús de Nazareth se expre saba de ellos diciéndoles ¡ sepulcros blanqueados!, por lo cual fue crucificado. Salomé le danzó a su tío Hero des Antipas, desnuda, a cambio de un pequeño favor, y el favor fue llevarle la cabeza de Juan el Bautista en una charola. Ese es el pueblo elegido: Arañas que han ocultado por siglos sus intenciones, pero nunca han de jado de tejer su tela y ya la están terminando. El mun do está dividido en dos grandes grupos: Humanidad y Judíos. Si triunfa la humanidad, no tienen problemas los judíos, porque se encuentran dentro de lo que Ila

roamos humanidad; pero si triunfan los judíos, pode mos decir: ¡ Adiós, humanidad!

Carpintero aconsejó:

—Jamás expreses tus ideas en público o ante desco nocidos, porque llevas el riesgo de acabar como Juan el Bautista.

Wagram rió y aseguró:

—Marcho prevenido, padrino. No entiendo por qué me contrata Caín Baruch y me gustaría saber el fondo de sus pensamientos. Hay otros camarógrafos con tan tos méritos como yo o más, y se decidió por mí.

—Te creerá tonto, que no podrás adivinar sus ju gadas.

—Es posible —aseguró Wagram.

Las horas se habían escapado. Era ya bastante tar de cuando Carpintero dio las buenas noches. La lluvia continuaba cayendo, y el cielo se iluminaba bajo el fo gonazo de rayos y centellas y el mar se estrellaba furio so en la rompiente del acantilado. Carpintero caminó de prisa para no terminar ensopado. Llegó a su casa, se metió entre las tibias sábanas de su lecho y se que dó profundamente dormido.

Doña Sócrates era la madrina de Héctor Wagram. Lo había recibido desde recién nacido y le tenía el ca riño de una madre. La madre de Wagram, siempre enferma, poco había podido hacer por su educación; pero de tan delicada tarea se había encargado aquella india apache noble, que logró hacer de Héctor un mu chacho responsable, del que siempre se encontraban orgullosos sus progenitores.

Al morir los padres de Héctor, los dos mexicanos se encontraron ligados a él por el parentesco moral-reli gioso que los unía. Sanamente lo aconsejaban cuando veían que algún problema podía cambiar el curso de su vida.

e

Doña Sócrates se acercó a la recámara de Héctor, tocó quedo y murmuró :

—Levántate, hijo, que se te va a hacer tarde.

Wagram, somnoliento, despertó y suplicó:

—Déjame dormir un poco más.

Doña Sócrates se alejó sin tratar de forzar a su ahi jado a que se levantara.

Héctor dirigió su vista al cristal de su recámara. El sol se colaba por el cortinaje formando una tabla de luz que se estrellaba brillando contra la pared. Sobre la cama la luz iluminó un libro abandonado que la no che anterior había terminado de leer. Era la vida del General Patton, su lucha contra los alemanes en Africa del Norte y Europa. Sus ataques verbales contra los generales bolcheviques, llamándolos esclavistas, salva jes, asesinos de indefensos ancianos, de mujeres y ni ños. Recalcábales que si habían triunfado, se debía a la ayuda del pueblo americano, que ofrendó lo que más valía, la vida de muchos de sus muchachos que habían quedado muertos en los campos de batalla. Des pués de llenar de insultos a los generales rusos, pedía una cruzada contra los bolcheviques, sosteniendo que las guerras sólo terminarían cuando los ejércitos alia dos tomaran Moscú y destruyeran al comunismo. Na die hizo caso de la profecía del general. A Trumann no le convenía, porque era hebreo. Churchill, siempre beodo, fue ciego y no vio el peligro. De Gaulle tal vez lo vio, pero necesitaba el apoyo de Trumann para obte ner el poder en Francia. Y el General Patton no tenía la autoridad necesaria para continuar guerra.

La paz se firmó y Patton continuó al frente de sus tro pas. Era un peligroso contendiente en la política con

pretensiones presidenciales. El pueblo americano creía en él. Atacaba y desprestigiaba al socialismo-comunis mo; sostenía que había peleado contra el "enemigo equivocado".

Un día en un *"accidente"* inexplicable, un camión de transmisiones americano lo mató. Por supuesto, el chofer del camión asesino jamás fue investigado. No se volvió a mencionar el nombre del General George S. Patton y mucho menos sus peligrosas ideas.

Wagram reflexionó sobre lo que había leído y llegó a la conclusión de que el General murió asesinado por ser *anticomunista y antijudío.*

Capítulo Segundo

EL CRIMEN DE DALLAS

ERA 23 DE NOVIEMBRE. Esa noche Wagram terminó de leer los versículos que su madre le había dejado señalados en el Antiguo Testamento. Apagó la luz y sus ojos se clavaron en la pétrea oscuridad de su aposento. Su mente se remontó al pasado y se llenó de fantasmas oscilantes con mantos grises y de pasos silenciosos. Recordó la historia del pueblo hebreo llena de enemigos, sin que ninguno hubiera logrado hacerlo desaparecer: Egipcios, Caldeos, Griegos, Romanos, Germanos, etc. Todos habían logrado tener bajo sus dominios a los descendientes de Abraham, pero nadie había acabado con ellos.

El teléfono sonó, el largo repiqueteo danzó en la negrura del aposento. Wagram vio pasar las notas como bailarinas de ballet haciendo contorsiones. Perezoso alargó un brazo y levantó el audífono. Un largo ¿quién? se desprendió de su boca.

Del otro lado reconoció la voz nerviosa de Baruch.

Hola, Caín —exclamó Wagram desganado.

Baruch con breves palabras anunció:

—Necesito que estés listo. Mañana tenemos una cita con la gente de mi padre en el Banco en Nueva York. Allí firmarás tu contrato definitivo con nuestra compañía.

Wagram le aseguró:

—Estaré en el aeropuerto a la hora que tú indiques.

La conexión se cortó y Wagram se comunicó con Carpintero, rogándole:

—Un favor, padrino: mañana temprano vuelo a Nueva York. No tengo quien me lleve al aeropuerto. Podrías hacerlo tú?

—; Seguro! Estaré a tu lado temprano —campaneó el mexicano.

El sol apenas había levantado su corona de fuego sobre el Continente y cubría con luz rosada el sistema montañoso de las Rocallosas, cuando ya Carpintero y Héctor se dirigían al aeropuerto, sin dejar de darle consejos el primero al segundo.

—Fíjate en lo que firmas. Estudia el contrato que te den : no vayas a caer en alguna trampa. Los hebreos siempre tienen escondidos ases hasta en las orejas. Mientras no conozcas el callejón donde te metes, no descubras tu jugada: eso es parte de tu fuerza.

Wagram afirmaba que su actuación sería igual a lo que escuchaba.

Minutos después descendió del coche. En la entrada del puerto aéreo de Los Angeles, en una esquina, en contró a Baruch luciendo su cara de comadreja astu ta. Cuando éste lo vio, echó a andar arrastrando su enorme zapatón. Apoyándose en su nudoso y tosco bas tón se acercó a Wagram jadeando y le indicó:

—Llegas a tiempo.

Wagram caminó al lado del tullido, que apretó el paso, arrastrando veloz su ortopédico apéndice. Mar charon por varios corredores y salieron a una pista en que se encontraban aviones de retroimpulso de propie dad particular. Un coche de pista los llevó sobre la grava de la avenida hasta su avión. La escalera baja

recibió a los viajeros y momentos después los motores rugían. El avión se deslizó por la pulida superficie de la pista.

Tan pronto como la nave tomó altura y su nivel normal, Baruch saludó a la tripulación. El capitán le estrechó la mano como a viejo conocido y a Wagram le brindó una espléndida sonrisa. Minutos después los dos hombres disfrutaban de un ligero almuerzo traído por una bella azafata. El viaje era largo y cansado. Baruch rompió el silencio presumiendo de su nave:

—¿Qué te parece el juguete?

—Fenomenal: nunca creí tener la fortuna de viajar en un avión particular.

Por su complejo de inválido, Baruch trataba a toda costa de hacer sentir el poder de su fortuna :

Los judíos somos poderosos, Wagram —comen tó—: tenemos lo que deseamos. Cada día que pasa, el poder de nuestra plata nos acerca más al reino sobre la tierra. El interés del dinero que prestamos es el pico que cada día cava más hondo el sepulcro donde termi nará la humanidad su existencia; pero no te preocupes, que tú estás a nuestro lado.

Wagram sonrió, miró al hebreo y contestó:

No olvides que el poder de la tecnología puede hacer añicos a la economía.

Baruch adornó su cara con un gesto de soberbia y recalcó:

Tenemos lo que querernos.

Para probar su dicho, dio una palmada y apareció solícita la bella azafata.

Exclamó dulce:

¿En qué le puedo servir, señor?

Caín le acarició su largo muslo con la mano, la do bM, como espiga de trigo por el cuello y pegó su boca en la de ella.

Wagram sintió que su presencia estaba de más en aquel momento, se marchó a su litera, y se tiró sobre mullido colchón. Por minutos repasó en su mente las palabras del hebreo. Era soberbio y lo demostraba con sus hechos. Pero no le dio importancia a lo sucedido y se quedó profundamente dormido.

No supo cuándo, pero sintió que en la nave se armaba un incontrolado tropel en los pasillos. Escuchó la voz excitada de Caín, que en hebreo daba órdenes al capitán para cambiar el rumbo y dar mayor rapidez al avión. Poco después el arrastrar de su ortopédico zapato y el sordo golpear de su bastón al apoyarlo sobre el suelo se escuchaba cada vez que caracoleaba por el piso de la nave.

Intempestivamente se abrió la puerta del gabinete de Héctor. En el claro apareció la cara de Caín sonriente. Explicó su euforia anunciando:

—¡ Muchacho, has llegado con suerte! En Texas acaban de herir a Kennedy. Ya hablé a Nueva York con el Banco y nos ordenan que cubramos a nivel mundial todos los acontecimientos importantes que se susciten en Dallas.

—¡ No es cierto lo que dices! —exclamó el camarógrafo, que sentía simpatía por Kennedy.

Caín se rascó la cabeza y aseguró:

—¡ Es verdad lo que escuchas! Ven a oír por la radio los sucesos.

La noticia estremeció a Wagram. El presidente había caído abatido por un certero tirador que al primer disparo lo hirió destrozándole la corbata que llevaba sobre la garganta. Hacía minutos que el atentado había ocurrido. Agonizante, Kennedy fue llevado a un hospital. Las noticias se encadenaban informando al pueblo americano sobre los sucesos de Dallas.

Wagram siguió escuchando, intrigado, los aconteci mientos. Caín oía la radio como roedor astuto y mali cioso enseñando sus incisivos curvos llenos de saliva.

Habiendo cambiado de ruta el avión, estaba cerca de Dallas. Era cuestión de minutos para que aterriza ra en el aeropuerto.

Caín, excitado, repetía :

—¡ Será a nivel mundial la transmisión que hare mos! —Y después de repetir el alcance del reportaje, se frotaba las manos satisfecho y ordenaba al opera dor :

—Infórmate si ya murió Kennedy —y agregaba—: Eso ayudará a elevar la tarifa de la información.

Las respuestas que recibía de Dallas lo enfriaban. Una y otra vez repetían:

—No se sabe nada; lo están operando.

El lisiado ordenaba :

—¡ Busca en otra frecuencia, en otra estación! ¡ Tra ta de indagar qué sucede!

Luego le ordenaba al capitán:

—¡ Aumenta la velocidad! ¡ Estamos atrasados!

Minutos después llegó la noticia que esperaba. El locutor de la radio anunció:

—Con gran pena, anunciarnos que el Sr. Presidente John F. Kennedy acaba de fallecer...

Los ojillos malvados de Baruch sonrieron y anunció feliz:

—¡ Ganaremos una millonada con el reportaje! Cuando lleguemos, nos tendrán listas las conexiones con el mundo entero.

Wagram, alejado de la política, pensó en todo, me nos en que se iba a encontrar encadenado a aquellos acontecimientos por toda su vida. Miró al piloto, que levantó la nariz del aparato moviendo el timón. El ni

vel de navegación marcó que el avión se encontraba en
posición correcta de vuelo. El radar indagó en la bolsa
del espacio. El zumbido de los motores mostró que la
máquina marchaba a gran velocidad.

Baruch y la tripulación continuaban alrededor de
la cabina enterándose de los sangrantes acontecimien
tos. Por primera vez Wagram escuchó el nombre de
Lee H. Oswald, al que le cargaban el asesinato del pre
sidente. Wagram, creyendo que el asesino había sido
atrapado, murmuró en voz alta :

—El problema se simplifica si conocen al asesino.
El encontrar a los cómplices será cuestión de horas o
de varios interrogatorios.

Poco después la radio informaba que Oswald perte
necía a un grupo que se hacía llamar *"Juego limpio
para Cuba"*, de filiación izquierdista y declarados ami
gos de Castro. Las noticias se extendieron y aclararon
que el asesino trabajaba en el depósito municipal de
libros, de donde se habían hecho los disparos contra
Kennedy. De allí había salido él, sin conocerse su pa
radero. La policía de Texas sostenía que ese hecho lo
denunciaba como asesino del presid2nte.

Wagram rió y criticó a los azules, considerando muy
infantil ese razonamiento y preguntó:

—¿No lo crees así, Caín?

Este soltó algo que llevaba en el cerebro asegu
rando:

Si Oswald era partidario de Castro, es inútil bus
car cómplices: todos se hallan entre los comunistas
que viven en los Estados Unidos!

—No estoy de acuerdo con tu teoría —exclamó Héc
tor—: esperemos a conocer los acontecimientos, que
nos darán un razonamiento lógico de lo que ocurrió en
Dallas.

Minutos después, la voz del capitán los sacó de sus discusiones. Les mostró a lo lejos las luces violetas que enmarcaban la pista de aterrizaje en el aeropuerto de Love Fills en Dallas.

Poco después el avión se deslizó como avecilla silen ciosa sobre la pista, y las rígidas ruedas de sus patas se posaban en la tierra de la ciudad del petróleo.

Un automóvil los recogió y los llevó al centro de la ciudad.

Se alojaron en un antiguo hotel con su entrada principal por Main Street. El gerente les previno:

—Un poco más y no hubiera tenido cuarto para us tedes.

Baruch sonrió y exclamó soberbio mientras balan ccaba su atrofiada pierna :

—¡ Esta cadena de hoteles es de mi padre! ¡ Soy Caín Baruch!

El administrador, cortado, pidió disculpas por no conocer al heredero de Caleb Baruch, y se alejó ha ciendo mil reverencias.

Baruch y Wagram se reunieron con los utileros de la televisión, que ya los estaban esperando.

A pocas cuadras del hotel se encontraba el sitio des de donde se había cometido el atentado, y caminaron hasta cerca del puente de donde, según el pueblo co mentaba, por primera vez se había disparado contra Kennedy.

Más tarde los policías aseguraron que los siguientes disparos se habían hecho desde un edificio que se le vantaba amenazante a la izquierda de donde ellos se encontraban.

Wagram, con una cámara portátil de televisión, im primió las escenas del sitio de la tragedia.

Poco después iniciaba un interrogatorio entre la gen te que se encontraba aglomerada en la avenida. Buscó

testigos de la tragedia, pero el resultado fue infructuoso. Por azar, entre la multitud encontró a dos mexicanos, a los que interrogó en inglés sobre los sucesos. Las caras morenas de los aztecas se escudriñaron entre sí. El más viejo, con una simple advertencia en español, le indicó a su amigo:

—¡ No viste nada!

Y el más joven aseguró en inglés:

—¡ No vi nada!

A Wagram se le grabaron los rostros de los mexicanos. Como le recordaran a su padrino, sonrió indulgente. Rompiendo su meditación a garganta abierta, la gente de Baruch le informó:

—¡ Acaba de ser asesinado en la ciudad un policía llamado Tippit !

Wagram comprendió que el problema se complicaba. A bordo de un automóvil fueron al sitio del asesinato. Cuando llegaron, multitud de agentes los detuvieron y no les permitieron muchas libertades. Muchos fotógrafos permanecían alejados, atemorizados por los jefes de la policía de Dallas. Baruch enseñó sus poderosas credenciales y el camarógrafo pudo tomar algunas escenas de la patrulla que iba guiando Tippit antes de ser muerto, y luego abandonada en la calle.

Con su fina intuición, Wagram olfateó que una señora entre la concurrencia algo sabía, por lo cual hacia ella dirigió la lente de la cámara y la entrevistó. Poco después, el mundo se enteraba de que Lee Harvey había estado platicando en términos amistosos con el policía Tippit. Al retirarse Harvey, Tippit bajó violentamente de su coche, y en el momento de tratar de sacar su pistola, Oswald se le adelantó matándolo.

Wagram sospechó que se había urdido una gran conjura para lograr el asesinato de Kennedy. Era raro que Oswald platicara en buenos términos con el poli

cía. Que éste hiciera el recorrido sin ningún acompa ñante, era algo prohibido por el reglamento de po licía. Era raro que Oswald pudiera salir del edificio de Elm Street, que estaba rodeado por la policía, sin que nadie se lo impidiera. También fue extraño su en cuentro con Tippit en un sitio cercano a la casa del asesino.

Era imposible que Lee Harvey, al disparar por la espalda sobre el presidente Kennedy, hubiera logrado pegarle en la garganta. Era de extrañarse que de los dos mexicanos que estaban cerca del puente, uno hu biera aconsejado a su compañero callar sobre lo que había visto.

A Wagram le fascinaban los acertijos como todo aquello, y pensaba resolverlo indagando, mirando y analizando todo lo que había sucedido. De sus sospe chas no informó a Baruch, que en todos los tonos mal decía a Oswald. Wagram lo comprendió: Kennedy creía en el socialismo y como premio le cedió a Krus chev la isla de Cuba. Héctor, que conocía toda la his toria del comunismo, recordaba que los creadores del monstruo eran todos judíos. Continuó con su tra bajo, buscando testigos directos del asesinato.

Sorprendido quedó cuando se descolgó la noticia : Oswald había sido aprehendido en una sala cinemato gráfica. La televisión corrió hacia la inspección de po licía. De lejos las cámaras lo captaron caminando es posado. Su aspecto tranquilo al marchar a los separos para su interrogatorio, confundió al televidente. En aquellos momentos, Baruch se encaminó a un teléfono y se comunicó con alguien. La plática fue corta, pero llena de colorido por los ademanes del hebreo. Regresó y ordenó: Transmite que el único culpable de la muer te de Kennedy es Lee Harvey Oswald, asesino también del policía Tippit.

Wagram se resistió a la orden, argumentando:

—Tú escuchaste que el primer disparo contra Ken nedy le pegó en la garganta. ¡ Vamos a sostener una mentira que después tendremos que corregir!

Baruch, poniendo cara de perro gruñón frente a un gato defendiendo su comida, advirtió:

—Eso es lo que dice la policía y tú no tienes derecho a dudar de su razonamiento.

Wagram movió los hombros en señal de que aquello no importaba, pero obedeció la orden. Continuó fil mando y transmitiendo al mundo la distorsión de los sucesos que habían paralizado a la humanidad.

Muy tarde regresaron al hotel. En los pasillos se amontonaban periodistas, reporteros y fotógrafos de Estados Unidos y algunos extranjeros. Héctor vio a Baruch alejarse. Pidió la llave de su cuarto. Junto al mostrador encontró a un muchacho joven con tipo y acento de italiano. Aseguraba ser reportero de un pe riódico independiente, del *New Star* de San Antonio. Pedía un cuarto y el hotelero le había dado esperan zas en la mañana de que lo alojaría. Esa noche el pe riodista volvió exigiendo la habitación que se le había prometido; pero se encontró con que no había cuarto y un *bel boy* le había traído su maleta, aconsejándole buscara posada en otro Jtic. El periodista maldijo en italiano al conserje y a los dueños del hotel y en inglés preguntó gritando:

Dime dónde puedo encontrar posada a esta hora! ¡Han llegado miles de periodistas y no hay sitio donde alojarse en todo Dallas!

Desesperado, se tiró en un sofá del recibidor del ho tel, puso los pies sobre sus maletas, se echó el sombre ro sobre la cara y continuó maldiciendo en italiano.

Wagram, que había sido testigo de la escena, miró con s:mpatía al muchacho. Subió a su cuarto, se lavó,

salió de allí para volver al hall del hotel. Al salir del elevador, frente a él permanecía todavía el perio dista con el sombrero echado sobre la cara. Se acercó y lo saludó:

—¡ Hola!

- Hola! —contestó el reportero ladeando su som brero para ver quién lo inquietaba.

Wagram se sentó a su lado. Para limar asperezas ex clamó:

—Conozco tu problema: no has conseguido cuarto y desgraciadamente no los hay en todo Dallas.

El italiano frunció los labios y vociferó:

Lo único que haces es pintar con palabras la ad versidacl que me exprime el hígado.

Héctor, conciliador, ofreció:

- Te puedo ayudar! Ven conmigo.

El reportero miró escéptico a Héctor; pero se le vantó de su asiento, tendió la mano y se presentó:

—Soy Rosso Tarrassa. Mi diario es muy pequeño y con muchos sacrificios paga mis gastos. Espera un am plio reportaje de la muerte del presidente y si no ten go dónde dormir y dónde escribir mis reportajes, lo arruinaré y perderé mi empleo.

Wagram sonrió y le ofreció:

—A diez minutos del centro tengo una casa amue blada donde vivía con mi madre. Allí podrás dormir y trabajar.

Acepto tu ofrecimiento! —exclamó el reportero agradecido.

Rosso no era mayor que Wagram, y por rara coin cidencia se parecían. Cualquiera al verlos hubiera ju rado que eran hermanos. Rosso cogió su equipaje y caminó como sin rumbo tras de Wagram. Ganaron la calle. Un taxi los levantó y rodó hacia la zona residen

cial de la ciudad. En medio de cipreses añosos, de ra mas verdes, troncos agrietados y torcidos y nogales que doblaban sus copas por el viento que soplaba, se encon traba la casa de Wagram. En la entrada entregó sus llaves al italiano, recomendándole:

—¡ Cuídala! En esta casa pasó sus últimos días mi madre. Por eso la conservo.

Sé lo que quieres decir y además te estoy agrade cido.

Wagram condujo a su recámara a Tarrassa, quien sonrió satisfecho y exclamó:

—Es más de lo que pudiera esperar. ¿Por qué no vienes aquí?

—Debo estar al lado de mi patrón —aseguró Héctor.

Tarrassa, incrédulo, preguntó:

—¿A poco es el cojo que estaba a tu lado en el hotel?

Ese es mi jefe —afirmó Wagram.

—¡ Te considero! Es duro servir a los inválidos —y agregó—: Los lisiados viven amargados contra la hu manidad.

Wagram rio y preguntó:

—¿Te quedas? El taxi está esperando.

Rosso recogió su sombrero y salió con Wagram. Abordaron el coche y regresaron a la ciudad. Por el camino Tarrassa preguntó:

—¿ Qué piensas del asesinato?

Wagram meditó lo que iba a contestar. Quiso escon der su pensamiento, pero al final sintió al italiano como al hermano que no tenía y contestó:

¡Una gran conspiración! —y continuó—: Es in creíble que Oswald, disparando por la espalda, le haya pegado de frente y en la garganta al presidente.

Rosso redondeó la idea asegurando:

—Y a noventa metros de distancia —continuó el ita liano con el hilo de la plática, asegurando—: pero ya ves, hasta el **F.B.I.** asegura que no hubo más que un solo tirador, aunque tú y yo sabemos que el primer disparo partió del puente.

Wagram se apuntaló asegurando:

—Es posible que mañana sepamos algo más concre to. Por hoy todas las noticias resultan contradictorias. Pero habiendo pescado a Oswald, es probable que aclare quiénes planearon el asesinato.

En esos momentos el chofer preguntó:

—¿A dónde los llevo?

Wagram recordó una antigua cantina, *Carrusel,* y le ordenó al taxista marchar hacia allá. Sobre la bóveda negra de la noche el club nocturno recortaba la atrayente luminosidad de sus luces de colores. Los dos amigos trataron de abandonar el coche. En ese momento Wagram sintió a su costado el codo de Rosso Tarrassa, que le advertía :

—Mira : también tu jefe vino a divertirse.

En la entrada estaba el cojo al lado de un pequeño y nervioso individuo, cuyo perfil de ave de rapiña lo clasificaba : era otro hebreo arrancado de una página de la Biblia. Se le veía frente al coche. En su mano izquierda lucía un hermoso diamante en forma de es trella de David. Arriba del cuello de la camisa y cerca de la oreja, tenía un lunar negro que resaltaba por la luz blanca de las lámparas. Platicaban animadamente.

Caín se despidió exclamando:

—Hasta mañana —y se alejó cojeando en oleadas rumbo al hotel que lo albergaba.

Los dos hombres se detuvieron. Sobre la puerta del cabaret, una cartulina anunciaba en grandes caracte res: *Por la muerte del Sr. Kennedy, este establecimien*

to permanecerá cerrado hoy y mañana. Los dos ami gos, al ver lo infructuoso de su viaje, se dirigieron a otra taberna, y ante sendos tarros de cerveza continua ron su interrumpida charla. Rosso confesó algo que traía atravesado en la garganta:

—Me gustaría encontrar la trama de este enredo y hacer una novela.

—Tendría éxito lo que escribieras, pero lo mismo que tú estás meditando, ten la seguridad de que mu chos otros también lo intentarán.

Rosso volvió a torcer su hilo preguntando:

—Si tú, Wagram, obtienes algún dato importante, ¿ me dejarás conocerlo?

Cuenta con ello! —aseguró el interpelado y pro fetizó:

—Creo que llegar al fondo del asunto, va a ser peli groso; mientras más averigües, más cerca estarás de perder la vida.

—Da miedo lo que dices, pero no importa: el asun to lo merece. ¡ Quiero averiguar quién está detrás de lo sucedido!

Wagram le sonrió paternalmente y ofreció:

—¡ Te ayudaré en lo que pueda! ¡ Pero jamás en contrarás la punta de la madeja!

Era tarde y los dos amigos tenían que levantarse temprano. Convinieron en que al día siguiente le da rían una ojeada al puente desde donde suponían que por primera vez le habían disparado a Kennedy. Mi nutos después se despedían y cada quien se perdía en la oscuridad de la noche.

Al otro día, por la mañana, llegó Rosso al hotel; lo comunicaron con Héctor, que anunció:

—¡Ahora bajo!

Tarrassa miró en el hall del hotel a varios periodis tas que tampoco habían encontrado alojamiento y per

manecían somnolientos, cansados y aburridos, sentados en los muebles de la entrada. Rosso sintió gratitud por Wagram al valorar el problema que le había resuelto. En sus manos tenía un grueso legajo de papeles que enviaría a San Antonio para que se publicaran en su diario. Minutos después se reunió con Wagram. Fue ron a la cafetería, y mientras les servían el desayuno, comentaron las ideas y proyectos que habían elabora do la noche anterior.

Al terminar la refección, echaron a a:-Alar hacia la calle Elm, situada a espaldas de su hotel.

Un oscuro corredor lo conectaba con ella. Ya allí, se encaminaron rumbo al depósito de libros. Dos o tres calles adelante, se elevaba el solitario y ya famoso edi ficio desde donde también le habían disparado a Ken nedy.

Rosso y Wagram vieron desde la acera al silencioso cómplice, cruzaron la calle y se encontraron en Main Street. A un lado se encontraba el edificio del perió dico *Morning* de Dallas. Enfrente, sombrío como pare dón de fusilamiento, el puente con su parapeto de ce mento gris con color de cementerio. Atrás de ellos la cárcel en que permanecía preso Oswald.

Los dos amigos continuaron su camino, dieron vuel ta por un prado y se encontraron sobre el puente. Ca minando normalmente del edificio del periódico al puente, no habían hecho más de tres o cuatro minutos.

Rosso comentó:

—Si el asesino tiró de aquí, bien pudo escurrirse tras del parapeto del puente, salir a la calle al costado de la estación, cruzar la calle del periódico y perderse entre la multitud, o tomar un auto.

Wagram frunció la boca y con un gesto dio a enten der que participaba de la misma idea.

Wagram notó que el puente se encontraba solitario, tal vez igual que el día de la tragedia. Unicamente los rieles de acero se alejaban curvados y daban la sensa ción de asintotas perfectas.

Wagram miró el arillo de su reloj y exclamó:

—¡ Se me hace tarde! Tengo que entrevistarme con Baruch en el hotel. Este día trataremos de llegar has ta donde se encuentra Oswald encerrado.

—¡ No lo lograrás: ese tío debe saber mucho y lo deben estar exprimiendo como a limón maduro!

—Tal vez, pero trataremos de saber qué dice Lee. —Terminado su comentario agregó—: Te espero por la noche en el hotel —dio media vuelta y caminó de prisa por los sitios que creyó haber usado el asesino en su huída. Pasó por el parapeto del puente rumbo a la estación, cruzó el prado, siguió por la estación de pasa jeros y se encontró en Houston Street. Por fin, subien do por la calle Main, llegó al hotel. En **el** hall ya se encontraba Caín Baruch moviendo a sus peones. Al verlo, con gesto agrio y la respiración fatigosa, vociferó:

—Te esperábamos. Has tardado. Tu tiempo tiene límite.

Wagram miró con ojos fríos al hebreo y afirmó:

¡Conforme! —y explicó—: He ido al puente del ferrocarril buscando testigos o soluciones.

- qué encontraste?

—Nada que valga la pena —mintió Wagram.

¡ Estás perdiendo el tiempo! La policía sostiene que Oswald fue el asesino y el **F.B.I.** es de la misma opinión. El tirador se encontraba en el depósito de li bros y no tuvo cómplices. Todo conduce a Lee Harvey.

Héctor rio y preguntó sutil:

¿U lo crees?

Baruch, contrariado, ordenó:

—Vamos a la cárcel municipal. Puede ser que se nos permita lograr algunas tomas de donde se encuentra encerrado ese asesino hijo de perra.

Caín caminó, meciéndose, hacia la salida del hotel.

Minutos después, las cámaras de televisión y sus asis tentes marchaban en sus vehículos especiales.

Las calles cercanas a la cárcel se encontraban blo queadas. Demasiados curiosos ocupaban la acera y constantemente la policía se acercaba y ordenaba :

—Circulen, circulen .

Baruch no tuvo problemas para colocar sus apara tos en la calle. Héctor se desprendió de su matriz y con una cámara principió a entrevistar a toda ;persona que pensaba pucliera tener algo importante que decir. Sus esfuerzos fueron inútiles. La multitud, maniobrada por la televisión, aseguraba que el único asesino era Os wald y esperaba una dura sentencia para el magni cida.

Baruch se entrevistó con el jefe de la policía. El le aseguró que al día siguiente, al filo del mediodía, Lee Harvey sería trasladado de la cárcel municipal a otra prisión.

Baruch regresó victorioso. Entre el grupo que entra ría a la prisión, estaba él con sus cámaras de televisión.

Wagram fue advertido para que temprano se en centrara en las puertas de la cárcel sin perder nin gún detalle del traslado del prisionero y pudieran co nectar cables, sistemas de recepción y emisión de ondas hertzianas y electrónicas.

El grupo de televisión regresó al hotel. No teniendo nada que hacer, Héctor se fue a su habitación.

Tarde sonó el teléfono. Al otro extremo se encon traba Rosso, que anunció:

—Te espero en la recepción.

Wagram abordó el elevador, que lo dejó en la en tracia. Desde una esquina, escuchó un solitario saludo:

—¡ Hola, Wagram!

Al instante, en la sem:oscuridad, reconoció a Ta rrassa. Dirigió sus pasos hacia él y aconsejó:

—Marchémonos: aquí hay demasiados oídos escu chando.

Se fueron a la calle. Por el camino machacaron so bre la cara de felicidad que mostraba Lyndon B. John son al jurar como nuevo presidente de los Estados Unidos.

Los dos amigos entraron a una cervecería poco concurrida. El grueso de la población permane cía en casa clavados sus ojos frente a la pantalla casera en espera de noticias El establecimiento daba sensa ción de monasterio por su respetuoso silencio. En una esquina se encontraban agrupados unos clientes. Wa gram y Rosso se situaron en el lado contrario. Ordena ron unas cervezas, y mientras les llevaban las heladas botellas, se contaron sus experiencias de ese día. Rosso echó a andar el disco comunicando:

—Mañana será cambiado de cárcel Oswald.

Wagram lo confirmó al decir:

—Baruch me lo comunicó esta tarde.

Rosso lanzó un ruego argumentando:

—Mi periódico es muy chico, no representa nada frente a los inmensos pulpos de Nueva York o Chica go. Con mis credenciales no me dejarán pasar a la cárcel. Me gustaría tornar algunas fotos para un re portaje que pueda abrirme un mejor trabajo en el futuro. Ayúdame para pasar como tu ayudante. ¡ No soy competencia!

Wagram comprendió que ayudando al italiano no perdía nada y exclamó:

—Por mí no hay inconveniente —y aceptó pasarlo como su ayudante. Luego los dos narraron los sucesos que ya eran cosa del pasado. Hasta entonces no entendían la muerte de Tippit. Al parecer su asesinato se debía a un exceso de mala fortuna al encontrarse con Lee. Pero luego trataban de armar el rompecabezas y no encajaban las piezas. Resultaba increíble que Oswald hubiera charlado con Tippit como si fueran viejos conocidos. Pero así había sucedido.

Rosso alargó el tema al sugerir:

—Tal vez las declaraciones que Oswald hizo a la policía aclaren este punto.

—Puede ser —afirmó Wagram y agregó—: De todos modos veo negro el panorama. La policía y el F.B.I. dan por resuelto el caso, cargándole la responsabilidad a Lee, y tú y yo y el mundo entero sabemos que eso no es verdad. Los culpables se encuentran ocultos en las sómbras, y deben ser muy poderosos para que hasta la central de inteligencia dé el caso por cerrado.

Los dos amigos sin nada más que comunicarse, decidieron irse a sus albergues a dormir.

Tarrassa tomó un taxi y Wagram regresó al hotel. Por el camino recordó los gruñidos de Baruch y se le crisparon los nervios. No le simpatizaban los alaridos del hebreo para demostrar que él era el amo, y decidió que a un grito más abandonaría el trabajo.

En la entrada del hotel se encontró a Caín, que cáustico lo increpó:

—¿Dónde te escondes? Pareces ratón de agujero.

Wagram no quiso confesar dónde había estado, y comentó:

—Salí a caminar un rato. Regreso para dormir. Estoy cansado.

Golpeando con el dedo la ceniza de su cigarro agre gó el judío, conciliador:

--Bien hecho: me gustas por responsable —y orde nó—: maneja mañana al personal mientras llego a la prisión.

Héctor vio el cielo abierto al escuchar esto. Consi deró que sería fácil introducir a la cárcel a Rosso en tre su grupo.

Baruch se fue al elevador, y Wagram a la confite ría. Por el camino se encontró con un bell boy. Su cara se le hizo conocida, pero no trató de concentrarse bus cando el sitio donde había visto por primera vez aque lla figura. Subió en el elevador y de reojo miró al mo nolito azteca que movía el aparato. Ahora estaba se guro: lo había encontrado en otro sitio. El elevador se detuvo; él lo abandonó y giró la llave en la cerra dura de su cuarto. Segundos después se encontraba entre las sábanas de su lecho. Se echó algunos dulces a la boca, de su petaca sacó la Biblia que su madre le había dejado como herencia y la estuvo hojeando hasta altas horas de la noche.

Por la mañana se levantó y corrió al desayunador. Se le hacía tarde y quería marchar a la prisión y pre parar su equipo para que la filmación de las escenas de Oswald en la cárcel fueran constantes y no hubiera probabilidades de alguna interferencia.

Sobre la hora rodaron sus vehículos hacia la cárcel. En la rampa lo detuvieron miembros de la policía y agentes del **F.B.I.** Mostró sus credenciales. A su lado se encontraba Rosso. La policía revisó detenidamente sus papeles, y minutos después le señalaron el subte rráneo por donde pasaría Oswald para ser conducido a la cárcel del condado.

Wagram conocía el oficio y colocó sus cámaras pa ra no perder ni la más mínima reacción del prisione

ro. Rosso se perdió entre la nube de periodistas que cubrían el acontecimiento. Nerviosos, giraban corno círculo sobre un eje. Más tarde llegó Caín Baruch, inspeccionó la colocación de las cámaras y con un gesto dio a entender que el campo visual era perfecto. Cuando se retiraba ordenó:

—Tú, Wagram, maneja las tomas.

Héctor levantó la mano, apretó el puño y dio a entender que había aceptado el compromiso. Se colocó tras la cámara, buscando con el lente la distancia que le diera el foco y hacer perfectas las imágenes que tomara. Los minutos se deslizaron. Para las diez de la mañana estaba anunciado que bajaría el preso. Corría el tiempo y Oswald no aparecía. Wagram, tenso y concentrado, centraba su cámara por donde llegaría Lee. Conocía el oficio y sabía que una distracción le podía costar la mejor escena. Por segundos una interferencia lo distrajo: dentro de la toma apareció Jack Ruby, aquel pequeño gángster, amigo de policías, que encontrara varias veces en el *Carrusel.* No supo la razón, pero siguió sus decisivos pasos con el video. Segundos después, aparecía Lee Harvey Oswald, escoltado por la policía. Wagram continuó sobre el tabernero. El pequeño bandolero apresuró su marcha decidido sobre Oswald. En su mano derecha apareció un revólver de cañón corto. La policía, para no estorbarlo, como si nadie viera su comportamiento, parecía que se abría al paso de Ruby. Los agentes que custodiaban a Lee dieron la impresión de que lo sujetaban para que no pudiera moverse, y Jack Ruby, con la presa inerme, disparó a quemarropa sobre el hombre que conocía parte de la conspiración en el asesinato del presidente Kennedy. Las tomas de televisión fueron fantásticas: ese día el mundo fue testigo de cómo se cerró el caso de la investigación de aquella muerte. El único hombre acusado de magnicidio había muerto a

manos de un bandolero, amigo íntimo de la policía de Texas. Segundos después, la policía desarmaba al agresor, que vociferaba:

—¡ Alguien tenía que hacerlo! ¡ Alguien tenía que hacerlo!

Poco después, el episodio se cerraba, y Jack Ruby, esposado, quedaba en la cárcel.

A Wagram se debe que el videotape quedara para la posteridad corno parte de la historia. Cuando la ac ción ya era parte del pasado, se presentó Baruch, y emocionado estrechó la mano de Wagram excla mando:

—¡ Así se trabaja!

Héctor agradeció la lisonja. Desgraciadamente apa reció en escena Rosso, que se despidió de Wagram anunciando:

—Por la noche te busco en el hotel.

Cuando Tarrasa se marchó, Baruch preguntó con gesto hosco:

¿ Quién es ese mequetrefe?

—¡ Un buen amigo!

--¡ Procura que tus amigos no sean basura!

—¡ A mis amigos yo los escojo, y él es mi amigo!

El judío, que algo sabía, frunció la cara con mueca de valentón y en forma insolente preguntó:

¿Por eso lo protegiste para que entrara al túnel a tu lado?

- Ah! Ese es el motivo —gruñó Wagram y conti nuó—: Sí, es verdad, lo ayudé a cruzar entre la poli cía; pero con eso no te hice ningún daño. El es sólo fotógrafo y reportero de prensa.

El judío vociferó:

—¡ Es la competencia!

Para cortar la discusión, Wagram exclamó:

Olvídate! No tenemos firmado ningún contrato y no estamos obligados a nada. Por lo tanto, busca otro camarógrafo. Tú no me vuelves J. gritar.

Al decir esto Wagram, recorrió el túnel buscando la salida de la cárcel. Enojado, Baruch pataleó sobre el piso y sus taconazos deben haber despertado a dos o tres chinos del otro lado de la tierra.

Poco tiempo después llegaba Wagram al hotel. Es taba cansado, pero arregló su maleta, tomó un taxi y se marchó a su casa. Furioso, en ella sc encontró a Rosso tecleando en su máquina, escribiendo sobre los sucesos de la mañana, pues quería que esa misma no che llegaran los documentos a San Antonio en el vue lo nocturno.

Cuando Tarrassa le vio llegar cargando sus maletas, se imaginó que algo inusitado sucedía, y preguntó:

--¿ Qué pasa, Héctor?

Este rechinó:

—j No me gustan los hebreos y no quiero más el trabajo de Caín!

Rosso, que tenía la televisión encendida, comentó:

—He visto el videotape que tomaste. Es fenomenal: pnvece que la acción estaba preparada. No entiendo qué más quería el judío.

Wagram sonrió y le dio otro giro al tema asegu rancio :

—Ahora tú y yo indagaremos la verdad sobre la muerte de Kennedy. La conspiración viene de muy alto; y se encuentra uno tantas contradicciones en los sucesos, que se ve que el plan inicial ha sufrido varia cicnes porque sucedió algo inesperado.

Wagram le preguntó a Rosso en tono firme:

—¿Te interesa todavía averiguar la verdad de los sucesos? —y advirtió—: recuerda que los que mueven

a los títeres son poderosos y si han detenido la investigación, fácilmente pueden cortarnos el hilo de la existencia.

Rosso miraba al americano como cuien da un paso y se acerca al precipicio. Afirmó:

—Por encima de cualquier consecuencia, estoy decidido a averiguar quién mandó asesinar a Kennedy.

Al escuchar sus palabras, Héctor indicó:

—Ven, vamos al centro de la ciudad. Quiero escuchar en el hotel qué comentarios se hacen. El que sepa algo positivo lo comenta corno un triunfo.

Los dos amigos abordaron un coche y se fueron al hotel. En la cafetería encontraron camarógrafos, reporteros, fotógrafos, gente de Hollywood, la mayor parte conocidos de Wagram. Al verlo, muchos vinieron a felicitarlo por las increíbles tomas logradas en el videotape del asesinato.

Wagram escuchó la sarta de ....Julaciones. Algunas sinceras, pero otras eran velados reproches de los que por alguna razón se sentían amargados.

—Todo fue pura suerte —comentó y se alejó con Rosso. Adelante se encontró con Caín Baruch, que se apoyaba en su grueso bastón y esperaba cl elevador. Al ver a Héctor, arrastró su zapatón con rapidez y se le acercó. \Vagram, poniéndose enigmático, sonrió al ver la cara de comadreja del hebreo, y lo saludó:

—¿Qué tal, Baruch?

Caín estaba desconocido y abrazó a Héctor, asegurando:

—Este abrazo te lo manda mi padre. Las tomas que conseguiste harán historia y ganaremos muchos millones de dólares, y eso mi compañía lo ve con interés. —Echó mano a su cartera y sacó un cheque que llevaba doblado y se lo entregó notificándole—: Aunque

no tenías contrato, mi padre insiste en que se te pague tu trabajo. Toma este documento que ampara el di nero que te debe la compañía. Además, si quieres pa rrandear, las copas y las mujeres corren por mi cuenta. —Hizo un pequeño silencio y agregó—: Puedes traer a tu amigo, y la mejor noticia: Mi padre insiste en que trabajes para nosotros.

Wagram tomó el documento que garantizaba su sueldo y aceptó la invitación, restringiéndola única mente a unas copas en cualquier taberna.

Los tres hombres salieron eufóricos. Baruch, calcu lando emocionado la cantidad de miles de millones de dólares que dejaría a la televisión hebrea la muerte de Kennedy, repetía entusiasmado:

—Asesinatos de este tipo se deberían repetir cons tantemente: son un filón de oro, como los de Klondi ke en Alaska.

En la cantina se sentaron alrededor de una mesa. El tabernero que se presentó parecía ser viejo conoci do de Baruch y hebreo también, porque se saludaron en yiddish. Al preguntar el tabernero sobre el proble ma de Kennedy, Baruch, con grandes carcajadas, con testó:

—¡ Todo marcha sobre ruedas! ¡ Eso ya es cosa del pasado!

Wagram, que seguía la plática, cometió el error de detenerla, comentando:

—Caín, quizá Rosso entiende lo que hablas, porque yo sé que domina tres o cuatro idiomas. Mejor habla en inglés.

Baruch, increíblemente locuaz, preguntó a Rosso, al que había ignorado:

—é Tú, Rosso, hablas yiddish?

—No, Caín —y agregó—: domino el ruso. Mi ma dre era rusa eslava. Además, hablo el italiano, porque

mi padre era italiano, y el inglés, porque me cric en los Estados Unidos.

Baruch le dio algunos golpecitos en la espalda y se dirigió a él en ruso, comentando:

—Mi madre también fue hebrea rusa.

Baruch y Rosso sostuvieron una corta plática en el idioma de los extinguidos zares. Sus ojos se volcaron sobre los tarros de cerveza que perdían la espuma que se agolpaba como redondos copos de nube en los capi teles de los vasos. Los tres hombres, a una insinuación de Wagram, brindaron levantando los recipientes y sorbieron el sabroso líquido.

Caín regresó al problema de los negocios y le ofre ció a Tarrassa un largo viaje :

Se está preparando una gran transacción con Ru sia. En el momento en que vaya a Moscú a confirmar el negocio, tú puedes estar a mi lado. Necesito a al guien que hable el ruso como tú, sin acento, y en Amé rica es difícil encontrarlo.

Después se dirigió a Héctor, y en medio de unos sorbos que le dio al vaso de cerveza, preguntó:

—Y tú, Wagram, ¿qué idiomas hablas?

Español, porque crecí entre mexicanos.

Cuando el hebreo oyó hablar de mexicanos, contra jo la boca con mueca de asco. Para no perder el ca mino ganado no quiso Héctor discutir con el hebreo sobre quiénes le parecían mejores, si los mexicanos o los hebreos, y se guardó sus comentarios agregando:

—También hablo alemán, italiano e inglés, como tú.

Caín, que era un arcón del diablo, donde se guar daban alfileres, anzuelos, clavos, cuchillos y navajas de afeitar, soltó otro de sus pensamientos argumentando con desprecio:

—Latinoamérica está llena de carne de horca : va gos que creen en cualquier idiotez que se les predique;

imbéciles que no entienden que mientras más haragán sea el obrero, más costosa será la producción de los bienes de consumo. Algún día el poder hebreo limpia rá de basura esta parte del planeta, y prohibirá las huelgas de estos vagos, como en Rusia se hace.

Wagram, que seguía la plática, preguntó con in terés:

—¿Cómo lo lograrán, Baruch?

El hebreo, que conocía algún plan a largo plazo contra la América Hispana, exclamó enérgico:

—Con una hoguera hecha con leña. La leña es el comunismo. Estos imbéciles creen en el marxismo, y cuando el comunismo triunfe, sabrán que para comer hay que trabajar; y el que no trabaje, no comerá; y al que proteste o hable, lo fusilaremos. Como suele suceder en Polonia, en Bulgaria, Hungría, Alemania.

Wagram, que había terminado su cerveza, pidió Otra ronda y recomendó al cantinero:

- Tráenos un "submarino".

Baruch preguntó:

—Y eso, ¿qué es?

Rosso, que conocía la bebida, ilustró a Baruch:

El "submarino" es un tarro de cerveza con una copa de tequila dentro.

El hebreo, que quería conocer la explosiva inven ción alcohólica, se inclinó por el "submarino". Poco después los parroquianos daban los primeros sorbos a sus bebidas. Baruch encontró agradable la mezcla y la sorbió con glotonería. Poco después, Wagram presio nó al hebreo exigiendo:

Ilústranos, Baruch. Tienes toda la razón sobre La tinoamérica, pero no veo cómo puedas dominar un te rritorio tan inmenso, porque militarmente sería un pro blema espinoso.

Baruch, al que el "submarino" le había inflamado la imaginación, contestó vivaz:

Tenemos planes de gran envergadura! Por lo pronto, el plan de Somoza de invadir a Cuba en Ba hía de Cochinos, lo hemos aplastado. Con la ayuda de Kennedy y del Departamento de Estado, que se nega ron a dar apoyo aéreo a los invasores que iban de las playas de Nicaragua.

—Kennedy era socialista —comentó Wagram.

Baruch, al que se le había soltado la lengua, sonrió malicioso y aclaró:

—Socialismo es igual a comunismo, pero los idiotas jamás podrán encontrar cuál es la razón.

Rosso contempló al baldado y exclamó:

—Tienes razón —y agregó—: Kennedy no actuó con cordura en Bahía de Cochinos.

Baruch, agresivo, aseguró:

—Tampoco actuó con cordura al pelearse con los jefes del Monopolio del Acero.

Caín continuó eslabonando lo que sabía sobre la táctica a seguir en Centroamérica para dominarla y pronosticó:

—Somoza pronto conocerá el poder del Sionismo: el atacar al Comunismo es buscar pelea con el Ju daísmo.

El "submarino" de Baruch se había agotado y exi gió otro tarro al cantinero. Mientras llegaba el pedi do, continuó explicando la táctica que seguiría el ju daísmo contra las débiles naciones Latinoamericanas: ,Explicaba :

—...son tan débiles, llenas de tantos traidores, y con tanto idiota gobernando, que con sólo un telegra ma de cobro de Wall Street, podemos derribarlos. ¡No es verdad lo que digo!? —gruñó el hebreo y

Wagram aceptó con un solo gesto lo que escuchaba. Continuó Baruch—: Primero trataremos de neutrali zar el Canal de Panamá...

Wagram lo interrumpió para asegurar:

¡Estados Unidos no lo permitirá!

¡ Eres infantil, Héctor! Aquí no se trata de bom bas, cañones o ametralladoras. Simplemente tú sabes que en el Departamento de Estado Americano casi to dos son hebreos, y todo es cuestión de presionar un poco al Presidente. Como en el caso de Bahía de Co chinos, ya ves: presionamos y convencimos a Kennedy de que Cuba debía continuar siendo un feudo de nues tra amada Rusia y Kennedy entregó a Cuba al cama rada Kruschev. ¿Ves? Todo es cuestión de tiempo y de que llegue otro Presidente americano que nos apo ye y dicte una ley o convenio para entregar el control del Canal de Panamá. ¡ Por supuesto, allí siempre apo yaremos un gobierno de filiación marxista! Después le tocará el turno a Somoza, y Nicaragua será comunis ta. Luego El Salvador, Guatemala, Honduras y al fi nal. .. México...

El judío iba a continuar explicando los planes del Sanhedrín judío para dominar al mundo; pero al lle gar a México se detuvo, como si tuviera atravesado un hueso en la garganta.

—¡ Cuenta! ¡ Cuenta! —insistió Wagram, que pre guntó—: ¿Qué planes tiene el Consejo Mundial judío para dominar? ¿ Lo lograrán a base de revoluciones?

¡Oh, no! —aseguró Caín—. En México su pue blo es una mezcla de mediocres, apáticos, estúpidos y cobardes. Lo lograremos por medio de la economía: les prestaremos dinero, mucho dinero, a los presiden tes del país, y después los obligaremos a apoyar el co munismo. Todos saben que el político mexicano es tonto y bandido y hundirá a la nación con sus robos y

despilfarros. Con la economía destrozada, la Banca Judía será la, dueña de México: con presidentes judíos y con marionetas manejaremos al pueblo.

Y el dinero del préstamo, ¿dónde estará? —inda gó, Héctor.

Infantil la pregunta —sentenció Baruch—. Los traidores lo volverán a guardar en nuestros bancos. El gato cuidando la carne y... con el filo de nuestras uñas, todo puede suceder.

Rosso, que estudiaba la cara del hebreo, preguntó:

—Lo que ha planeado el Sanhedrín Judío es rodear a los Estados Unidos de gobiernos enemigos que sean armados por Rusia, de modo que desde México o Cuba puedan llegar bombas atómicas a los grandes centros fabriles de los Estados Unidos, es decir, amagar al pite_ blo americano, poniéndole cañones en las puertas de su casa. ¿No es eso, Caín?

Gruñó el hebreo enigmático:

—Tú sabes que nosotros los hebreos amamos a los Estados Unidos y no nos atreveríamos a destruirlo.

Rosso entrecerró los ojos para que Baruch no viera el odio que habían despertado sus palabras, y risueño comentó:

—Para ustedes América es la Tierra Prometida.

Baruch, desconcertado por momentos, regresó con cautela a su posición y contestó:

; Eso es! ¡ Eso es! Así vemos los hebreos a Amé rica, como la Tierra Prometida, nuestro Canaán, y lu charemos por la tierra que le prometió Dios a Jacob.

Wagram, que escuchaba los conceptos del hebreo, cerró el diálogo asegurando:

¡ No lo dudo! ¡ Pero el pastel puede resultar de masiado grande para la garganta de los hebreos!

Los vasos se habían vaciado y otra ronda fue exigi da. Los tres nuevos "submarinos" coronaron la super

ficie de la mesa. Baruch echó mano del suyo y de un golpe bebió la mitad de la bebida. Con voz estropajo sa preguntó:

—¿Estás conmigo, Wagram?

¡ Seguro! —afirmó el descendiente de germanos.

¿Y tú, Rosso?

¡A tu lado! —contestó el italiano.

Baruch juró por el Talmud que haría que sus ami gos se casaran con dos hebreas que él conocía, y pro metió:

—Algún día nuestras sangres reunidas tendrán las mismas convicciones.

Wagram, interesado en la plática, quiso saber más, de lo que guardaba Baruch en el cerebro, y en forma inocente lanzó una pregunta que resultaba impor tante:

—No creo, Baruch, que con mexicanos y centroame ricanos comunistas se pueda destruir a los Estados Unidos. Son pueblos de autóctonos, armados de ha chas, machetes o fusiles de chispa.

Baruch, que era presa de una gran borrachera, ase guró:

—¡ No seas ingenuo, Héctor! ¡ La jugada es sim ple! El dólar no tiene suficiente respaldo en oro y lo sostiene la Banca Judía Mundial —y preguntó—: ¡Dime! ¿ Qué pasará cuando la Banca hebrea ya no sostenga al dólar, por falta de respaldo económico, y declare que su valor sólo será el veinte por ciento del valor nominal o lo haga nulo?

—¡ Temblará el mundo! —comentó temeroso Tar rassa, que meditaba las palabas del hebreo.

Wagram apoyó lo dicho. Y Caín, al ver que sus pre dicciones habían abierto brecha en sus amigos, se con firmó asegurando:

—¡ Se destruiría la economía de todas las naciones!

Wagram, que quería llegar al final de la calle, ase guró:

¡No lo creo tan fácil! Los Estados Unidos tienen en Fort Knox el oro suficiente para hacerle frente a cualquier depresión que sufra la moneda americana.

Baruch calló por breves momentos; pero luego, es tirándos acercó su boca cerca de los que escuchaban para murmurar en voz baja y misteriosa:

—Claus Fuchs y los Rossemberg ya nos dieron los secretos de la bomba atómica y ahora estamos sobre las planchas. Las planchas pronto estarán hechas...

El hebreo permaneció callado. La oscuridad del lo cal no le permitió observar la cara de asombro de los que lo escuchaban. Torció la boca como si hubiera dicho algo que no debía y apretó los labios.

Wagram no quiso insistir sobre lo de las planchas, para no despertar sospechas. Tenía la esperanza de que algún otro día lograría conocer el resto de la historia. Caín pidió la cuenta y anunció:

Me voy al hotel —y volteando hacia el cantine ro, exclamó:

Fabulosos los "submarinos"!

Con su paso de punto y coma, Caín salió, tomó un coche y se dirigió a su hotel, mientras Wagram y Rcs so se iban en sentido contrario al del hebreo. Al llegar a su residencia, entraron callados.

¡Medita lo escuchado! —recomendó Wagram—. Es la base de una gran conspiración.

Rosso pensó por breves momentos y aseguró:

¡Muy pe igrosa la jugada, pero está en marcha!

Los reporteros se fueron a dormir, prometiéndose para el día siguiente empezar a hacer sus averiguacio nes p2rsona cs sobre el magnicidio.

Por la mañana, Wagram y Rosso analizaron los pe riódicos que habían circulado esos días con la noticia del asesinato. En una libreta comenzaron a vaciar sus principales datos. Las versiones coincidían al principie en que habían sido dos tiradores; pero después, el se gundo día, las noticias de Nueva York y Chicago de formaron los acontecimientos, asegurando que no hubo sino un solo tirador: Lee H. Oswald.

Sobre Oswald apareció la historia de que había es tado en Rusia una temporada y que era miembro del grupo que apoyaba a Castro con el lema *"Juego lin2-pio para Cuba"*. Había viajado a México tratando de llegar a la isla, pero nadie sabía si había logrado su propósito.

Rosso y Wagram recopilaron todo lo interesante que se había narrado, pero sin llegar a una conclusión. No creían que el asesinato hubiera sido una conjura de comunistas, como se afirmaba.

Recordaban la noche que vieron a aquel hebreo con su sortija en forma de estrella de David: Jack Ruby, el asesino de Oswald y aliado de Caín. Pero aunque la camaradería era estrecha, no era razón para pen sar que Caín estuviera enredado en el problema. Ra zcnaban que tenían un rompecabezas, sin lograr en contrar la pieza fundamental para armar el acertijo.

Wagram estaba en su cuarto, cansado, meditando, y prendió la televisión. Allí encontró un elemento nue vo que tal vez faltaba en el diagrama. La pantalla chi ca mostraba una película del atentado, filmada por un "turista" aficionado, en la cual claramente se veía al Presidente Kennedy bajando en su coche hacia el puente y después llevarse la mano a la garganta, mos trando que allí había recibido el primer impacto del asesino que disparó de frente. El Sr. Kennedy se do blaba, y en ese momento recibió un segundo disparo

desde el edificio de la calle Elm. Wagram saltó de su asiento y corrió a buscar a Rosso, que también obser vaba la misma escena en su televisor.

Rosso, nervioso, comentó:

Ya tenemos los elementos del asesinato. Ahora sólo nos queda reflexionar sobre cómo se produjó el atentado.

Héctor sugirió:

—Llamaré a Daniel Carpintero a Los Angeles. La agilidad mental de mi padrino nos ayudará a resolver el problema.

Cuando Tarrassa escuchó que el padrino de Héctor era un mexicano, miró escéptico a Wagram y sonrió incrédulo, exclamando:

Por lo general son tontos.



Carpintero, pendiente de los sucesos, acababa de ver en la pantalla las escenas tomadas por el "aficionado" en Dallas. La película le pareció hecha por un profe sional. Su teléfono sonó. Escuchó la voz de su ahija do, y su entusiasmo por él no fue disimulado:

—¡ Hijo!, ¿cómo estás? —exclamó con amor de padre.

Bien, padrino —contestó Héctor y presentó su so licitud, rogando—: Tú tienes una mente despierta. En la muerte de Kennedy debes sospechar lo mismo que yo . . .

Carpintero se adelantó y exclamó decidido:

—¡ Una conspiración!

¡ Exacto, padrino! Eso creo. Tengo reunidos todos los datos posibles que han aparecido en los periódicos

y algunos que no son del dominio público y que yo he encontrado. Me gustaría que vinieras a Dallas y me ayudaras a armar todo este embrollo que es digno te ma de Sherlock Holmes. Tú sabes que yo no tengo al detective inglés para que me ayude; pero te tengo a ti, y estoy seguro de que vas a descrifrar este misterio.

Carpintero soltó una alegre carcajada, y burlón co mentó:

—Me valoras demasiado; pero allí estaré mañana : tomaré el primer vuelo que vaya a Dallas.

o

Aquel día estaba gris. La luz con gran esfuerzo cru zaba la lluvia que goteaba empapando las hojas de las plantas en la pradera. Wagram se encontraba en el aeropuerto esperando a Daniel Carpintero. Cuando el avión apareció en el espacio rompiendo las grises masas de agua nebulosa, se sintió tranquilo. Segundos después las ruedas del artefacto tocaban tierra y se deslizaban a gran velocidad sobre la mojada superfi cie de la pista. Más tarde Héctor tenía entre sus bra zos a su padrino.

La primera pregunta fue hecha para saber de la salud de doña Sócrates.

Bastante bien! —aseguró Carpintero—. Pero dice que eres un ingrato, que no te has ocupado de ella en estos días.

—Es verdad —afirmó Héctor—. Esta noche llama ré a mi nana.

Abordaron un coche y se dirigieron a la ciudad. Ya en su casa, Wagram condujo a Carpintero a un piza rrón en donde tenía anotados todos los datos que ha bía reunido del asesinato. Líneas blancas que corrían

de arriba a abajo en la negra hoja, separaban los datos dados por cada una de las más importantes publica ciones del país. Casi todos concordaban en los prime ros detalles; pero después, como si hubieran recibido una orden superior, se desdecían de ellos. Declaraban lo que la policía de Dallas y el F.B.I. ordenaban. Al lado de las publicaciones nacionales, se encontraban las extranjeras, como las italianas, que aseguraban que con el rifle Carcano no se podían haber hecho todos los disparos en tan corto espacio de tiempo. Wagram, contando los cuadros de la película que había tomado el turista, ya había descifrado el tiempo entre el pri mer disparo y el último: cinco segundos. Y lo que vol. vía todo nebuloso eran las declaraciones de los testigos que aseguraban que los dos primeros disparos se ha bían casi confundido. Wagram sostenía que con un rifle de cerrojo a mano, era imposible disparar dos ve ces en menos de un segundo. Lógicamente los tirado res habían sido dos en diferentes ángulos. Wagram ex plicaba a Carpintero sus apreciaciones, cuando se pre sentó en escena Rosso.

El italiano recorrió de arriba a abajo las humildes ropas que cubrían al mexicano. Rosso, medio burlón, apretó la mano que le extendía Daniel, y exclamó:

—Había oído tanto sobre usted, que ya tenía ganas de conocerlo. Ahora deseamos estudiar el pasado, el presente y el futuro, es decir, todo lo relacionado con el Sr. Kennedy para ver si logramos llegar hasta los conspiradores.

Carpintero meditó segundos su respuesta y repuso:

—Los criminales están en posiciones muy altas y aunque los descubras, es difícil que la ley los castigue. Respecto al pasado, al presente y al futuro, el pasado se puede analizar porque es un hecho; el presente casi no existe, es instantáneo, pues al momento es pasado, y

el futuro es tan impenetrable, que únicamente nos lle vará a suposiciones. Así que apliquemos nuestro esfuer zo únicamente al pasado, que es donde se encuentra la solución del problema.

Wagram miró burlón a Rosso cuando Carpintero terminó su exposición. Rosso miró con admiración al mexicano, y para demostrarle su conformidad, ex clamó:

—¡ Usted manda y nosotros ejecutamos!

Carpintero escuchó que Baruch era amigo de Ruby, pero su amistad con el bandido no lo inquietó en lo más mínimo. Frunció la cara y sus ojos recorrieron el pizarrón lleno de las suposiciones que habían hecho los reporteros, y lanzó una más:

—Debían haberse encontrado dos rifles de las mis mas características.

Rosso, que traía las noticias de la tarde, mostró al mexicano una nota escondida en el diario, en la que se aseguraba que el día del asesinato, un testigo le en tregó a la policía un rifle que encontró en el puente: un máuser de manufactura alemana. El rifle se lo ha bía tragado la tierra, pero el testigo aseguraba que lo había encontrado exactamente sobre el puente, escon dido entre la breña.

—Habrá que prevenir a ese hombre: será la próxi ma víctima de los asesinos. Si él testifica, probará que fueron dos los tiradores —aseguró Carpintero.

—Desgraciadamente su nombre lo guarda en secre to la policía —comentó Rosso.

Pobre hombre: confió la seguridad de su cuello a la afilada hoja de una guillotina.

Al terminar de hablar preguntó:

¿No habrá algún detalle que no hayan anotado en la pizarra?

Los dos amigos se exprimieron la mente y con ade manes y exclamaciones dijeron:

—¡ No, ninguno!

Wagram se quedó reflexionando unos minutos y ex plotó al exclamar:

—¡ Sí !, creo que hay algo importante. Dos mexica nos fueron testigos de algo que no quisieron declarar. Yo entrevisté al más joven, pero el más grande le or denó: "¡ Tú no viste nada !", y aquél obedeció. Des pués, al hombre mayor me lo encontré trabajando en el hotel donde se hospeda Baruch.

—¡ Bien ! —afirmó Carpintero—, con estos datos ya podemos echar a andar nuestra imaginación e inves tigar lo sucedido. Necesito unos dos días para colocar a todos los actores en su sitio y tener la certeza de que lo que encontremos sea la pura verdad. Así que, mu chachos, dejen trabajar a este viejo. Mientras, ustedes vayan a divertirse o a buscar algún dato que nos pue da dar más luz en el problema. Respecto al mexicano que fue testigo de algo que no quiso decir, yo seré el que me cruce en su camino; trataré de sacarle lo que vio: pudiera ser fundamental su dicho.

Los dos amigos salieron a la calle. Wagram conocía a su padrino. Y Rosso, después de su corta charla, com prendió que el mexicano era un ser con una mente equilibrada. Se encaminaron al hotel de Baruch. En la entrada vieron al mexicano que conocía parte de la verdad, pero no lo molestaron, ignorándolo.

Dos días después, Carpintero anunció:

—Falta un pequeño dato que quiero resolver: llé venme a donde trabaja el mexicano, y veremos qué puedo averiguar.

Minutos después dirigían su coche hacia el hotel donde se encontraba la conexión con el pasado. Car pintero vio a su paisano trabajando con entusiasmo.

Desde un mullido asiento lo estuvo observando subir o bajar maletas y recibir agradecido las propinas que le daban. En un momento en que los parroquianos casi habían desaparecido, se acercó al *bell boy* y le soltó una pregunta que todo mexicano teme en la Unión Americana:

¿Desde cuándo estás emigrado en los Estados Unidos? ¿ Tienes papeles?

El mexicano tragó saliva. Se puso lívido como luz de cirio mortecino y ofreció nervioso:

—¡ Espérame! Ahorita te traigo mis papeles.

Carpintero lo detuvo de la casaca:

No te preocupes: no soy del Departamento de Inmigración; sólo quiero ser tu amigo.

El bell boy, respirando profundamente, conjesó:

—¡ Qué susto me has dado! Sentí que se hundía todo lo que pisaba. Soy Olegario Reyna y pasé el río a nado.

Carpintero soltó una alegre carcajada y le preguntó su hora de salida. Olegario se la dio, y Daniel le prometió estar por él a esa hora, ofreciéndole además:

—En nuestra reunión hablaremos de algunos negocios que te pueden interesar.

•

A la hora exacta se presentó Carpintero. Olegario, nervioso, todavía con algunas reservas, preguntó:

¿No eres de la "Migra"?

¡No! —exclamó riendo Carpintero.

Daniel lo cogió de un brazo, caminaron un poco y lo metió casi arrastrando a una taberna. Buscaron un rincón y bebieron algunas cervezas. Carpintero, cuan

do sintió a Olegario relajado por la cerveza, le pre guntó:

—¿Te gustaría ganar algunos dólares?

—¿Qué debo hacer para ganármelos?

Carpintero juró:

- Nada fuera de la ley! —Se acomodó en su asien to, miró imperativo y preguntó:

¿ Qué viste el día del asesinato de Kennedy?

Reyna indagó sobre el franco rostro de su paisano, que no trató de ocultar lo firme de su mirada. Olega rio preguntó a su vez:

—¿Qué sucedería si me niego a darte el dato?

Simplemente nada —contestó Daniel—. Unica mente que lo que tú viste me lo tengo que suponer, y tú perderás unos cien dólares —y continuó su charla asegurando—: El día de la tragedia tú te encontrabas con otro amigo en la estación de pasajeros, afuera, por donde está la entrada que da al puente desde donde le dispararon a Kennedy. Ustedes escucharon el disparo y miraron hacia el prado por el hueco que da acceso a la vía y por allí viste correr a dos hombres que cru zaron a tu lado. Ustedes les prestaron poca atención porque uno venía vestido de policía y se marchó en una patrulla que tenía estacionada cerca y el otro co rrió con rumbo al edificio del *Dallas Morning News*. Después, por la televisión has reconocido que uno de ellos era Jack Ruby y el otro el asesinado Tippit.

Reyna se encontraba atemorizado, se apretó las ma nos y en voz baja volvió a indagar:

—¿No eres de la policía?

--i En verdad no soy de la policía! Si lo fuera, ya te hubiera detenido por ocultar pruebas!

Reyna dio gordos tragos al tarro de cerveza y con fesó:

—Todo sucedió tal y como lo indicas. Unicamente hay una pequeña variante. Unos minutos antes del dis paro, había pasado Ruby con un amigo y los vimos platicar a lo lejos con el hombre de la cámara sobre el pretil. Cuando escuchamos los disparos, vimos ha cia el puente y venía Ruby caminando de prisa al lado de un policía. Este se marchó en la patrulla que tenía parada cerca de la estación. Ruby se fue al periódi co, y unos tres minutos después, pasó el hombre con la cámara de cine en la mano y lo conocimos: es un hebreo que tiene una fábrica de ropa, pero no sé su nombre exacto; caminaba acompañado del otro hom bre del puente que tiene cara de lechuza. Supimos que Kennedy había sido atacado, y mi amigo y yo tuvimos miedo y huímos, creyendo que nadie podría localizar nes, pero has llegado tú y nos encontramos metidos en un lío.

Olegario preguntó:

—¿Te interesa conocer el nombre de mi amigo?

—¡ Para nada! —aseguró el mexicano, y le aconse jó—: Jamás repitas una sola palabra de lo que viste: esto te podría costar la cabeza.

Carpintero echó mano a su cartera y sacó dos bille tes de cien dólares cada uno asegurando:

— ¡ Te los ganaste!

Los dos mexicanos terminaron sus tarros de cerveza y se despidieron como amigos. Daniel regresó a la casa de Wagram. En la sala encontró a los reporteros en frascados en una discusión. Les cortó la charla man dando:

—A dormir. Mañana por la mañana les mostraré cómo fue el asesinato y la posición de los actores el día de la tragedia —y agregó Carpintero—: Me deben doscientos dólares, que fue con lo que le abrí la boca a

mi paisano. —Preguntó—: De los amigos de Baruch,
¿ hay alguno que parezca tecolote?

—¡ Ustinov! —aseguró Wagram.

Cada uno de los hombres se fue a su cuarto, espe
rando que la luz del nuevo día les trajera la anhelada
solución.

Carpintero trabajó hasta muy tarde en la prepara
ción de los elementos finales de la historia. Todavía
en la madrugada se le oía dar golpazos con el marti
llo. Por la mañana, abrió la sala donde había construi
do un pequeño set. En él se mostraba el puente desde
donde se hicieron los disparos fatales. En frente, el
edificio de depósito de libros escolares desde donde
disparó Harvey, el edificio del periódico *Dallas Mor
ning News,* el edificio de la cárcel; las calles que mo
rían o estaban cerca, Elm, Main y Houston Street, y
el túnel que pasaba bajo el puente; atrás y sobre de
él los rieles del ferrocarril, y frente a ellos el parapeto
desde donde se hizo fuego por primera vez.

—; Colosal ! —exclamó Wagram cuando vio el tra
bajo.

Soberbio! —exclamó Rosso Tarrassa.

Los dos jóvenes callaron cuando vieron que Daniel
colocaba pequeños coches y hombres en los lugares que
habían ocupado durante el crimen los actores. Colocó
el auto de Kennedy bajando hacia el túnel. En la es
quina del puente, tras el parapeto colocó a un tirador
emboscado: era un policía. A su derecha estaban dos
hombres, uno de ellos con una cámara fotográfica en
focando la calle. A la izquierda en el depósito de li
bros, en el sexto piso colocó un segundo tirador. Fren
te al edificio un vigilante. A la salida de la estación de
pasajeros, sobre el prado, sentó a dos hombres que
dando la espalda al hueco, dominaban desde lo alto el
espectáculo y fueron testigos del asesinato. Carpintero

comenzó su explicación. Movió el coche del Presiden te que marchaba por la calle rumbo al túnel. Al mis mo tiempo en un cuarto oscuro echó a andar la pelícu la que se había tomado el día del crimen. El Presi dente venía en su coche. Daniel detuvo la acción cuan do vio que Kennedy recibía el primer impacto y mar chó a su set a colocar el coche en posición correcta. Explicó:

--El primer hombre que disparó contra el Presiden te Kennedy fue el policía Tippit. Se arrastró tras el muro de hormigón del puente, y escondiendo el rifle apareció al lado de Jack Ruby. Los dos echaron a an dar hacia el hueco que se encuentra a un lado de la Union Station, y a la salida fueron vistos por los hom bres que se negaron a darte los detalles de lo que vie ron, porque son ilegales mexicanos.

El segundo disparo fue hecho por otro hombre que estaba en el depósito de libros e hirió al Sr. Kennedy en la espalda. A esta señal, el vigilante principió a gri tar «¡ Allá está! ¡ Allá está !», señalando al edificio, y corrió como toro *cabresto* arrastrando la manada.

Mientras esto sucedía, continuaron los disparos; to do el público maniobrado por el vigilante miró hacia el edificio y concentró allí su atención. El policía ase sino abordó su patrulla que tenía a un lado de la Union Station y Jack Ruby continuó caminando has ta el edificio del *Dallas Morning News* sin que nadie lo notara, porque el personal se encontraba viendo en la calle pasar al Presidente. Lee Harvey fue encontra do por la policía tomando un refresco al lado de otros testigos en la cafetería del edificio donde trabajaba. Poco después, con la ayuda de un cómplice logró esca par del círculo policiaco y echó a andar rumbo a su casa, asustado porque a él le habían dicho que el muer to iba a ser Connally y no Kennedy. Allí se armó de

un revólver y regresó en busca de Tippit, que lo tenía que sacar de Dallas y entregarle el dinero que le ha bían ofrecido por su "trabajo". En el sitio previsto se encontró con él. Platicaron, Oswald parado en la ca lle y el policía dentro del coche. Para aquellos momen tos, la policía de Dallas ya estaba radiando las señas particulares de Harvey. Puede ser que Oswald las ha ya escuchado y tratara de retirarse de su cómplice. Pero lo que más pudo afectarlo fue el saber que el di nero que le ofrecieron por el asesinato, no lo llevaba Tippit. Lee trató de alejarse esperando alguna nueva hora indicada por el policía, y al dar la espalda, Har vey, desconfiado, escuchó abrir la puerta del coche. Volteó con la pistola en la mano, le ganó a Tippit el disparo y éste quedó muerto en el acto.

—¡ Genial la explicación! —exclamó Rosso Tarrasa.

—He hecho algunas averiguaciones y demuestran que Tippit era un formidable tirador con rifle o con pistola. Muchas veces, de cien tiros, lograba noventa y cinco blancos a 400 yardas de distancia; a 60 o 70 yardas, era ciento por ciento efectivo; y a esa distancia le disparó a Kennedy.

Carpintero calló por breves momentos, los cuales aprovechó Wagram para preguntar:

—A la izquierda está un hombre que es el vigilan -te; y a la derecha, en la esquina del puente colocas a dos hombres: a uno ya lo quitaste porque dices que era Jack Ruby, que cuidaba las espaldas del asesino Tippit. Pero todavía queda otro hombre.

—Es verdad. Lo dejé al último porque es la clave. _Fue un cómplice enterado de lo que iba a pasar, un fotógrafo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tarrasa.

—Elemental, mi querido Watson, elemental —ex clamó el mexicano, recordando las expresiones del ge

nial investigador inglés. Esta vez los tres hombres re gresaron al cuarto oscuro donde estaba la pantalla que exhibía la película tornada el día del asesinato. La cin ta fue recorrida desde el principio; se notó que al reci bir el disparo Kennedy, el pulso del camarógrafo per maneció firme, no obstante haber escuchado la deto nación a corta distancia. En el segundo tiro, tampoco tembló su pulso ni sufrió alteración nerviosa alguna.

Cuando terminó de exhibir la breve cinta, Carpin tero marchó a su set y mostró el sitio desde donde dis paró el asesino y la cercanía desde donde el camaró grafo tomó la película. Carpintero aseguró:

—Del asesino al camarógrafo no pudo haber más de veinte yardas de distancia. Es claro que vio escapar al tirador acompañado de la sombra siniestra de Jack Ruby. Después abandonó la escena del crimen por el mismo sitio por donde escaparon sus compinches. Pe rG él marchaba tranquilo: lo único que le preocupaba era sacar de Dallas la película. No la entregó en la ciudad porque sabía que podía ser llamado como tes tigo; y después de ver lo que le pasó a Oswald, prefi rió dársela a sus probables cómplices en Nueva York: la revista que publicó las fotos, y la televisión que re pitió la película. —Carpintero detuvo sus palabras y explotó al informar—: El fotógrafo que tomó la pe lícula fue... el hebreo de la fábrica de ropa amigo, de Ustinov.

Wagram quedó estupefacto. En aquel momento re cordó las palabras de Caín Baruch: "Crímenes Coma aquél, llenarían de oro las arcas de los judíos, porque venderían a precio de diamantes las copias que toma ran de los asesinatos". Wagram dudó por momentos que Ustinov y su amigo fueran cómplices en el crimen,. pero se rindió ante la evidencia. Ustinov era fiel como un perro, y su amigo el camarógrafo era un hebreo

que trabajaba corno araña para atrapar a la hu manidad en su malla.

—¡ Los lobos marchan siempre en manada! —seña ló Carpintero, y les dio un consejo—: Muchachos, es mejor que olviden todo lo que hemos deducido. Cuan do pasen los años y esto se haya olvidado, ustedes po drán darle publicidad a lo encontrado. Hablar ahori ta, sería igual a cavar el hoyo de nuestras sepulturas. De los testigos del asesinato, tal vez ninguno viva mu cho para repetir la historia.

•

Wagram y Rosso se marcharon temprano al hotel donde se hospedaba Baruch. En la entrada se encon traron con el baldado, que los invitó a desayunar. En la mesa le repitió a Héctor su ofrecimiento de traba jar en la gran cadena de televisión de su padre.

Wagram declinó la oferta, y sondeando con la vista a Baruch, explicó:

—Me quedaré varios días en Dallas: quiero asistir al juicio que se le armará a Ruby.

El hebreo gruñó:

—¿Qué ganarás? Si todo está claro. Oswald es el asesino de Kennedy, y Ruby el de Oswald.

—Me gustaría quedarme: hay puntos oscuros que quiero ver si alguien los descubre.

—¿Como cuáles?

—Precisamente los puntos oscuros que yo desconoz co y que alguien puede encontrar.

Baruch rio y comentó:

—¡ Estás chiflado! No hay nada nuevo que encon trar porque todo está aclarado.

Wagram recordó algo y preguntó:

—¿Qué es de Ustinov, Caín?

El cojo, sin maliciar la pregunta, aseguró:

—Se fue a Nueva York con otro amigo. Mañana me reuniré con ellos. —Su risa cínica se colgó de sus la bios en forma agresiva y continuó—: Nuestra fricción no vale la pena mencionarla, pero recuerda: cuando quieras trabajar con nosotros, siempre serás nuestro mejor candidato.

Wagram agradeció al hebreo sus palabras y le ase guró:

—Cuando te pueda ser útil en algún trabajo de con fianza, cuenta conmigo.

Caín se despidió para tomar un coche que lo llevara al aeropuerto.

Minutos después Rosso Tarrassa encontraba al due ño de un periódico independiente.

Pelletier, el propietario del *New York News,* no vio ningún obstáculo,y cerró un trato con Rosso Tarrassa, que ya a solas con Héctor le contó:

—Acepté el trabajo porque en Nueva York trataré cle localizar a los cómplices que dicen compraron la película.

Mucha cautela! —recomendó Wagram—. Re cuerda siempre las palabras de mi padrino: esos peo nes están terriblemente ligados con la reina, y si te descubres, puedes perder tu amado pellejo.

Héctor apretó la mano de su amigo y aseguró:

—Yo quiero estar presente en el juicio de Ruby. Algo podemos averiguar. Los jefes hablan de cadena perpetua, pero estoy seguro de que en alguna forma él va a salir de la cárcel. Si Baruch era su amigo, quién te dice que la Banca judía de Nueva York no pague un abogado para que declare loco a Ruby o in timide al jurado o compre al juez? Todo eso puede suceder.

Tarrassa lo aceptó como un hecho probable y sólo rogó:

—Si algo descubres, no dejes de avisarme y nunca olvides las palabras de Baruch: ¡ Las planchas! ¡ Las planchas! ¡ Casi están hechas!, y tú eres el único que puede averiguar el fondo de su pensamiento, porque quiere que permanezcas a su lado.

Los dos amigos se despidieron y ofrecieron estar en comunicación constantemente.

Varios días después, ante los medios de comunica ción, Jack Ruby se presentó soberbio ante su juez. Lo que temía Wagram no sucedió: su abogado lo defen dió desde el punto de vista de que él amaba al Presi dente asesinado y quiso vengar a la viuda y a sus pe queños hijos. La tesis no la creyó ni el Diablo, y aun que sus cómplices eran poderosos y sostuvieron una sarta de mentiras, al final no les dio ningún resultado. El juez, tras muchos días de deliberaciones y escuchar a la parte acusadora, esperó el veredicto del jurado, que lo encontró culpable de homicidio en primer grado. Y lo sentenciaron a cadena perpetua.

Wagram respiró cuando escuchó la condena, pero el prisionero rio burlón.

Días después, Wagram tomó el avión que lo lleva ría a Los Angeles. El vuelo fue tranquilo. Por el cami no meditaba: "No es posible que sus cómplices dejen a Ruby con vida: los pondrá nerviosos, buscarán la forma de eliminarlo. Aunque esto no se ve factible, porque Ruby conoce el complot, a los jefes y sus ma ñas, por lo que no caería fácilmente en un garlito".

Carpintero regresaba del trabajo cuando Doña Só crates lo fue a buscar anunciándole:

--Tu ahijado acaba de llegar y solicita tu presencia.

Carpintero caminó a su lado rumbo a la casa.

Cuando entró, todavía no salía Héctor de tomar un baño. Minutos después se presentó frotándose el ca bello de la cabeza con una toalla. Sus primeras pala bras fueron una súplica:

Nana, danos de cenar.

Socratitos protestó y recomendó:

Ya es tiempo de que te vayas casando. Búscate una mujer, que tu nana se está haciendo vieja y ya no te puede ayudar.

—Para qué das esos consejos, Socratitos —sarcásti co recriminó Carpintero—. El casarse es igual a estar preso. Toda su vida verá las mismas cuatro paredes de su encierro —y continuó farsando--: ¡ Es mejor que conozca muchas cárceles!

Wagram recibió con una alegre carcajada la broma de su padrino, y Sócrates severamente murmuró:

—Es mejor que no te metas en la vida de mi hijo, ¡ pajarraco! y no le des consejos idiotas.

Los dos hombres se sentaron a la mesa y abordaron el problema de Jack Ruby.

—Fue normal el juicio. El juez y el jurado le apli caron el castigo que merecía su felonía —comentó Carpintero.

Wagram aceptó el veredicto y planteó el problema que llevaba en mente:

Es verdad, padrino: fue sentenciado por un juez y un jurado, pero su actitud de comadreja en gallinero fue burlona. La televisión no pudo captar esas poses de soberbia, pero con mi cámara logré una serie de fotografías que te demuestran que algo se esconde en el fondo del barril.

Carpintero miraba una a una las fotografías toma das y coincidió con su ahijado:

—Un hombre condenado a una larga pena, por nin gún motivo puede estar alegre, a no ser que la conde na sea una carnada para desviar la atención del pú blico y después maniobrar en las sombras.

—¿Tratarán de que escape de la prisión?

—¡ No lo creo! El escándalo sería tan grande que tal vez se revisaría el proceso, y hasta algunos de los grandes peces que están tras este negocio, estarían ex puestos a trabarse en el anzuelo. Podrían llegar hasta Ustinov y su amigo, éstos serían llamados a declarar, y algo podría salir mal en nuevas averiguaciones.

Wagram buscó otra solución al afirmar:

—Entonces será asesinado en la cárcel.

—Tampoco es posible: Ruby debe haber tornado sus providencias por si se les ocurría asesinarlo como él hizo con Oswald. Ya debe tener en lugar seguro va rias notas dirigidas a la policía dando el nombre de los cómplices del asesinato, advirtiéndoselo a éstos... ¡ No, hijo, la conspiración no se atreverá a dar este paso tan peligroso! —y agregó—: ¡ Lo van a sacar de la cárcel, pero no sabemos cómo!

Los dos hombres, callados, disfrutaron de aquel de licioso chocolate que salía de las manos de doña Só crates, pero en sus mentes se clavó aquel problema.

Sin fuerza, Wagram comentó:

—Pues solamente muerto lo pueden sacar de la cárcel.

Carpintero se animó, y con el pulí() cerrado marti lleó sobre la mesa:

Fosa es la solución! ¡ Ahí está la solución!

Wagram no entendió y extendió su pensamiento:

—Sólo así podrá llegar al cementerio.

- Exactamente! Allí será liberado Ruby —conti nuó Carpintero con el crucigrama resuelto, aseguran do—: Saldrá de la cárcel en un ataúd con rumbo al oementerio. En la caja es posible que no esté él, o en la funeraria, mientras lo preparan, cambiarán su cuer po. Tal vez después cremen el cadáver para que des aparezca toda huella. Para finalizar, la cirujía plás tica hace maravillas y con una nueva cara y falsos do cumentos, nadie sabrá que quien se pasea en Europa o en América es el temible Jack Ruby.

¿ Qué podemos hacer, padrino?

—Lo único que no pueden destruir son sus huellas dactilares. Lo importante es regresar a Dallas y tratar de conseguirlas en la Jefatura de Policía. Es seguro que por ahora nadie imagine la razón por la que se ulicitan las huellas de un asesino condenado a prisión para toda su vida.

Wagram sonrió. Ahora comprendía todo el juego que se armaba. Estaba orgulloso de su padrino, que había logrado descifrar las partes fundamentales del complot. Eufórico anunció:

Llamaré a Rosso Tarrassa y le cornunicaré lo que averiguamos.

Carpintero lo prohibió exclamando :

—Es muy peligroso lo que hemos descubierto y de bemos dejar pasar el tiempo para saber si tenemos la razón. Y si la tenemos, debemos ser más prudentes: su poder es terrible y nos harían polvo. Tú busca en Dallas sus huellas dactilares y dejemos que el tiempo corra, que él nos dirá cuándo debamos actuar.

•

Wagram regresó a Dallas. No quiso esgrimir su per sonalidad de camarógrafo de televisión; únicamente se presentó como Héctor Wagram, impresor y colec cionista de huellas dactilares de personajes importan tes. Mostró al capitán de la policía las huellas dactila res de terribles hampones como Capone, Moran Cos tello, Dillinger, etc. El jefe miró las fotografías con ojos tristes de San Bernardo viejo y recordó parte de su caduca grandeza. Héctor le explicó al curioso jefe O Donnell que entre los criminales siempre se encon traba en sus huellas dactilares una luz que formaban los incontables zurcos que revelan la personal identifi cación que le dio al hombre la naturaleza.

Su teoría interesó al jefe policiaco, que ordenó le fuera entregada una copia de las huellas dactilares de Jack Ruby.

Wagram agradeció el obsequio y le ofreció que tan pronto como terminara su teoría sobre la luz, ilustra ría al jefe policiaco sobre ella.

Dos días más tarde regresó a Los Angeles y mostró a su padrino las huellas del asesino.



Rosso se había marchado a Nueva York. Sus ar tículos le conquistaron el favor del público. Intrigado, trató de investigar la dirección del personaje que com pró la película del crimen de Dallas.

Una mañana, utilizando un nombre falso, se pre sentó en las oficinas de la revista que publicó las foto grafías, y solicitó le fuera dado el nombre y la direc ción del personaje que había comprado el film dei asesinato, así como el nombre del camarógrafo. La bella recepcionista lo vio con curiosidad y marcada

simpatía y le hizo una pregunta casi dándole un con sejo:

—¿No sería mejor que olvidaras esa entrevista y buscaras una reunión con una persona más apropiada a tu sexo?

Rosso sonrió y prometió;

—Hermosa, contigo me entrevisto en el infierno, pero también me gustaría encontrarme con el contac to que conoce al camarógrafo que fotografió el cri men y compró la cinta: esa entrevista me podría traer fortuna.

Al ver los ojos verdes de la secretaria ansiosos por una sonrisa suya y creyendo que alguna vez le daría solución a su problema, la invitó:

—¿Dónde te recojo esta noche?

Carol recitó su dirección. Rosso se marchó con el deseo de volver a verla aquella noche.

Mientras cenaban, le colgó a Carol campanitas y otros adornos de Navidad para que le diera los de talles que necesitaba, pero la hermosa anunció en for ma simple:

—No tengo ni idea de quién compró el film ni de quién fue el camarógrafo. Cuando se entregaron las películas, únicamente acudieron a la cita los altos di rigentes de la compañía. Si hay algún dato, probable mente esté en la caja de seguridad de algún Banco, pero aquí nadie de los que trabajamos en la empresa vio al fotógrafo que tú buscas ni quién pagó su trabajo.

Rosso ya no quiso echarle gasolina a la hoguera y prefirió terminar la noche al lado de ella.

Dos días después fue a su oficina. Dos jóvenes fuer tes y mal encarados se encontraban a su lado. Cuando la muchacha lo vio llegar, abrió los ojos tratando de decir algo, pero Rosso no entendió y preguntó:

—Carol, me interesa conocer al funcionario que compró el film del crimen. Ayúdame a buscarlo.

Ella, nerviosa, insistió:

—Ya te dije que nosotros no sabemos nada.

Por la voz y el temblor de la muchacha, Rosso en tendió que algo no caminaba normalmente.

Los dos hombres que se encontraban a su lado se pusieron sus sacos y salieron al recibidor. Empujaron a Tarrassa y explotaron :

—¿ Qué no entiende lo que le ha dicho la señorita? El asesinato de Kennedy ya fue aclarado. Díganos qué busca. ¿Qué fin persigue? ¿A quién quiere inculpar?

Rosso permaneció callado. Los dos hombres lo em pujaron para echarlo a la calle.

—¡ No me vuelvan a tocar! —exclamó airado.

En el momento en que abandonaba el lugar, recibió un golpe por la espalda. En ese mismo instante le dio vuelo a su brazo en escuadra y con el codo golpeó en forma terrible a uno de los valentones y lo dobló. AI otro lo tiró al suelo asestándole un puntapié en la ca ra. En ese momento otros empleados corrieron a ata carlo. Rosso soltó a su presa y se fue caminando sin volver la cara. Por el camino comprendió que la of i cina estaba controlada por bravucones y asesinos a sueldo.

Afortunadamente Carol desde el principio negó te ner la menor información, pero se alegró de la paliza aplicada a sus guardianes.

Tarrassa comprendió que sería vigilado y que los conspiradores sospechaban que había alguien que bus caba el secreto que ellos guardaban celosamente.

Dos días más tarde, tuvo la respuesta. Al llegar a su casa, dos encapuchados se le atravesaron al paso gruñéndole:

—Para que no trates de averiguar lo que no te im porta —uno de ellos lo golpeó en la cabeza con su arma. Rosso sintió que todo se hundía bajo sus plan tas y rodó por el suelo sin sentido. Fue martirizado en forma salvaje y abandonado en la creencia de que es taba muerto.

La sección donde vivía era quieta, calmada, y no fue sino hasta el día siguiente cuando la policía encon tró su cuerpo entre los rosales del jardín. Con urgen cia fue llevado a un sanatorio. Afortunadamente su juventud se impuso y poco a poco fue recuperándose.

La policía trató de encontrar algún dato sobre sus atacantes, pero Tarrassa aseguró que para él era gen te desconocida ; que tal vez se habían equivocado de víctima. Terminó explicando :

—Para acusar, necesito testigos; y sin éstos, todo lo que diga es inútil.

Los vecinos de Rosso coincidieron con la víctima, asegurando que todo había quedado oculto entre la os curidad de la noche.

News de Nueva York, su periódico, ayudó a Ta rrassa en todo lo que pudo. Cuando abandonó el hos pital le ofrecieron su antiguo trabajo, pero esta vez el italiano no aceptó y aseguró que se iría a vivir a Ca nadá.

Ned Brandt, el jefe de seguridad de la revista que había publicado las fotografías del asesinato de Ken nedy, pensó que el asunto había concluido y llevó a sus jefes la noticia :

—¡ El intruso huye! Se marchó a Canadá. Yo vi al peninsular abordar un avión para Montreal. —Y ase guró fatuo—: Este tipo jamás volverá a molestar ni a ocuparse del asunto Kennedy, porque la próxima vez lo mato. Es un gallina : sabe quién le pegó pero pre fiere escapar.

Los directores de la revista le aconsejaron :

—Por algún tiempo será prudente que estés vigi lante.

Ned Brandt sonrió soberbio y echó en saco roto la advertencia.

Transcurrió el tiempo. Brandt vivía tranquilo en una zona residencial de Nueva York. Una noche sus guardias lo llevaron a su casa y se despidió de ellos. Corrieron del agua que caía a cubetazos acompañados de relámpagos y truenos. Brandt apretó el paso para llegar al pórtico de su casa.

De un árbol frondoso que se encontraba en su PI r clín voló una sombra y una patada asesina le fue apli cada en el puente de la nariz. Ned rodó por el césped bañado en sangre. Se levantó tartamudeante y quiso echar mano a la pistola. Entonces le gritaron:

—Eso es lo que esperaba.

Su brazo fue torcido hasta zafarlo de la articulación. Recibió un codazo en el estómago que lo dobló corno espiga frente al viento, y al momento de caer recibió una patada terrible que le quebró la tibia de una pierna.

El atacante desapareció y Ned, quejándose lastime ramente, se arrastró hasta la puerta de su casa. Poco después llegaba la policía, pero el atacante no había dejado ninguna huella de su presencia. Cuando los médicos vieron el estado en que había quedado el pis tolero, vaticinaron:

—Las huellas del combate lo han marcado para siempre: los huesos del puente de la nariz han que dado pulverizados. A éste no lo vuelve a reconocer ni su madre.

Ned Brandt pasó largos meses en los hospitales, pe ro su cara, antes agradable, quedó como efigie de

perro bulldog gruñendo, y su brazo de verdugo por mucho tiempo permaneció lánguido, colgando a lo lar go de su cuerpo.

Brandt movilizó a su gente en busca del italiano, pero ninguno de sus hombres creyó factible que el en deble intruso tuviera la fuerza suficiente para destro zar a un gigante como Ned Brandt, y el italiano fue borrado de la lista de posibles agresores.

Pocos días después de aquellos acontecimientos, una noche, en la casa de Héctor Wagram, mientras éste cenaba, el teléfono se dejó escuchar. Héctor, cansado de la rutina del día y enfrascado en un diálogo con su padrino, suplicó:

—Contesta, nana : puede ser algo importante.

Doña Sócrates fue al teléfono, protestando.

—Mientras más vieja, más gruñona te vuelves —le recriminó Carpintero.

Doña Sócrates miró con ojos como navajas de gallo al mexicano. Minutos después regresó con un teléfono de extensión:

Te llaman, hijo.

----¿ Quién? —preguntó Wagram.

Rosso Tarrassa —y le tendió el aparato.

—¿Dónde te encuentras, italiano? —preguntó Héc tor.

Tarrassa dio la dirección de una agencia de auto buses en el centro de la ciudad.

—No te muevas de allí. En una media hora estaré a tu lado.

Poco después, en compañía de su padrino, corría por la autopista en busca de su amigo. Lo encontró abu rrido en la terminal de autobuses; a su lado sus mal tratadas maletas estaban alineadas como soldados en posición de firmes. Los amigos estrecharon sus manos

y regresaron con el usado y viejo equipaje de Tarrassa. Por el camino platicaron de tópicos sin importancia. Al llegar a su domicilio, Wagram condujo a Rosso a su habitación.

Poco después de tomar un bocado, Rosso comenzó a narrar su viacrucis.

Wagram y Carpintero escuchaban callados las confidencias de Tarrassa. Cuando éste terminó, Héctor le hizo un relato de lo que había sucedido en el juicio de Jack Ruby. Su soberbia y la cara de burla que mostró al conocer el veredicto del jurado. Tarrassa aseguró :

No hay duda de que el asesinato fue un plan mal urdido, pero ahí se encuentra involucrada gente con un gran poder en América.

Tarrassa, recordando a Carol, suspiró y declaró:

Yo no puedo volver más a Nueva York, por lo menos mientras Ned Brandt viva y tampoco puedo comunicarme con Carol: una indiscreción me podría costar la vida.

Carpintero, que también sentía simpatía por Rosso, le aconsejó:

—Quédate en California y busca trabajo en Sacramento. Estarás cerca de San Francisco. Allí muchos periódicos independientes pagarán tus servicios. Escribe bajo un seudónimo cualquiera, para que no puedas ser localizado por la jauría. Nosotros creemos que Jack Ruby saldrá de la cárcel de alguna forma; cuando averigüemos cómo lo pondrán en la calle, te informaremos para que nos ayudes a investigar quién planeó su fuga y quién mandó asesinar a Kennedy.

La sugerencia le pareció interesante a Rosso, que aceptó irse a Sacramento, California, a ver al amigo de Carpintero, con quien iba recomendado.